



Choapa Leyendas de mi tierra

Claudio Araya Villalonga

Agrupación de escritores de Illapel

PRESENTACIÓN.

La investigación y difusión de las tradiciones y leyendas de nuestra tierra, cumplen un rol fundamental en el afianzamiento de la identidad cultural de nuestros pueblos.

Emprender este desafío no es una tarea fácil, porque estas manifestaciones son dinámicas y cambian, según la imaginación de sus narradores, los tiempos y las circunstancias.

La gran mayoría de ellas nacieron junto al brasero familiar, o en un descanso de las faenas mineras y agrícolas, mientras se compartía un mate dulce, con pan amasado y quesito de cabra asado a la parrilla.

Leer "Choapa, leyendas de mi tierra" de don Claudio Araya Villalonga, me ha traído a la memoria, antiguas reuniones con familiares y amigos, mientras compartíamos el pan, los cuentos y las añoranzas de los mayores, envueltos por el humo oloroso de salvias y romeros que se quemaban en el rescoldo. Se formaba allí una atmósfera especial, porque al caer la noche, nadie encendía luces para no destruir la magia del instante... A nuestra espaldas, la oscuridad, que nos aislaba del mundo real, y expectantes, temerosos y apretujados, nos hacía mas dependientes del fuego y de la voz del narrador.

Entonces, en relatos alucinantes, surgían las novias desconsoladas y errantes; los tesoros malditos; las infernales brujas maldicientes; los gritos destemplados de pájaros agoreros; el demonio embaucador y tantas veces burlado; la niña que peina sus dorados cabellos en fuentes de ensueño; la mina encantada que nunca se encuentra, como todos los sueños del minero nuestro... que todo pierde menos la esperanza...

A recorrer este mundo de magia, ilusión y fantasía, nos invita hoy nuestro amigo, escritor e investigador de sueños y costumbres, Don Claudio Araya Villalonga, con esta gavilla maravillosa de relatos de nuestro terruño, que nos transportan a la inocencia de un tiempo que se va...

Luis Villarroel Núñez

CHOAPA, LEYENDAS DE MI TIERRA.

Con la publicación de esta obra, basada en algunas de las más representativas leyendas de la provincia de Choapa, se cierra un curioso ciclo: el año 2001 fue presentado un proyecto al Fondo de Medios de Comunicación Social Regionales, Provinciales y Locales Cuarta Región de Coquimbo, fondos asignados por el CORE Coquimbo, proponiendo la realización de un programa radial, a la vieja usanza de los radioteatros pero incorporando eso sí, una temática basada sólo en conocidas leyendas de esta provincia.

Se iniciaba el trabajo con la recopilación de textos publicados hasta entonces -en relación a la zona- y, se sumaría más tarde el trabajo de investigación en terreno, intentando así reunir el material suficiente para cubrir los cinco meses de transmisión radial. Afortunadamente, esta propuesta tuvo una feliz recepción y fue aprobada para ser llevada a cabo entre los meses de Febrero a Julio de 2002.

Tal como se presupuestara con anterioridad, se trabajó en recopilación de material durante los meses de Febrero a Junio, material que serviría para las transmisiones que deberían llevarse a cabo en los meses de Marzo a Julio del mismo año. Sin embargo, a poco de iniciado el trabajo se pudo advertir que el material publicado hasta entonces -en relación con esta provincia- se caracterizaba por una peculiaridad importante: era extremadamente escueto. En la mayoría de los casos, se limitaba tan sólo a señalar el argumento principal de la leyenda y su ubicación geográfica. Resultaba imprescindible entonces, complementar las historias con alguna descripción del entorno, creación y características de algunos personajes y detallar los rasgos principales a fin de ilustrar de mejor forma al auditor. A raíz de ello, se debió re-escribir las tramas inventando -en algunos casos- los diálogos que dieran estructura a algunas de las acciones, conservando por cierto lo más importante, lo esencial de la leyenda.

El obligado paso principal consistió entonces, en la construcción de dichos diálogos y la narración que ubicara al auditor en el contexto de la leyenda. Posteriormente, aprovechando los recursos del medio radial y, con el fin de otorgarle una mayor apariencia de realidad, se desarrolló la incorporación de musicalizaciones y efectos de sonido que acompañaran la acción.

Finalmente, y como una forma de apoyo, en cada programa se incorporó la toponimia de los lugares en que se desarrollaba la leyenda, aportando un buen componente didáctico a la entretención.

Los programas fueron ejecutados y transmitidos por la radioemisora "Luis Alvarez Sierra" de Illapel, conforme al proyecto original y gracias al trabajo del personal de la emisora. Así, se logró durante los cinco meses presupuestados la entrega del material seleccionado. Sin embargo, un importante elemento considerado en la idea original no fue posible de cumplir: se pretendía conseguir a través de algunas instituciones, el apoyo para la grabación y distribución de dichos programas, a fin de que sirviesen como material de apoyo para conocimiento y trabajos similares en los colegios de la provincia. Esto no se logró, simplemente por la falta de interés demostrada ante tal iniciativa. Pretendiendo corregir esta falencia, se trabajó este proyecto de edición que aspira llegar al ámbito de consulta en la educación básica, media y... ¿por qué no?... también al lector interesado en esta temática.

Ciertamente, esta nueva modalidad, presentada esta vez a través de la Agrupación de Escritores de Illapel y felizmente acogida por el CORE de la Región de Coquimbo, obligó a reinterpretar el proceso anteriormente realizado y se centró en dar ahora a las leyendas una forma, un lenguaje más acorde con la lectura, dejando la mayor parte de la construcción de diálogos a la imaginación de cada lector, y en caso de intentarse la representación de ellos -en establecimientos educacionales u otros- a la capacidad y dedicación de cada educador.

Claudio Araya Villalonga.

CANELA

Comuna de la provincia de Choapa ubicada al NO de ella y con salida al sector costero por Angostura. Cuenta con magníficas playas, entre ellas Agua Dulce. Territorio semiárido que encuentra en sus tierras la fertilidad para la siembra del comino, siembra que le ha hecho conocida a lo largo de nuestro territorio.

Aun cuando se hace presente en esta recopilación con sólo dos leyendas, es rica en tradiciones y posee numerosos sitios de valor histórico que dan sitio a ellas. Entre estos se destaca la Iglesia de Mincha, otrora capital de la comuna cuya sede está hoy ubicada la localidad de Canela Baja. El primero de los relatos se refiere a un naufragio ocurrido realmente en sus costas y que dio origen al nombre de una de sus playas "La playa El Toro", el segundo sucede en territorio interior, en la localidad de Mincha, donde se desarrollan las acciones que dan origen a la leyenda "El cuero".



LA PLAYA "EL TORO".

Cuentan las personas más antiguas de la localidad de Huentelauquén, en la comuna de Canela y para más información, a treinta y siete kilómetros al norte de Los Vilos que una noche en la que se desencadenaba una de las más feroces tormentas en muchos años, naufragó un buque llamado "El Etén". Transportaba tripulación, pasajeros y algunos animales, pereciendo la mayoría de ellos en tan terrible tragedia.

Entre los que se salvaron, hubo un hermoso toro negro, el que sin que nadie pudiese explicarse cómo, llegó a la playa. Don Valerio Bernal, un viejo pescador de la zona fue quien contó esta historia que, así como la relató llegará hasta ustedes.

- Parecía... y yo no tengo por qué dudarlo, que el capitán del barco venía enfiestado y, a pesar de que la tormenta sacudía la embarcación con fiereza su capitán, acostumbrado a estas manifestaciones de la naturaleza no le prestaba mayor atención- inició su relato don Valerio. Pese a que la tormenta se perfilaba cada vez más intensa y amenazaba con hacer zozobrar la embarcación, su capitán bebía en compañía de la tripulación y nadie parecía darse cuenta del grave peligro que corrían.

La tormenta hacía crujir cada vez con mayor fuerza el maderamen del viejo buque... el viento soplaba con inusitada fuerza y a todo ello se agregaba el relincho y bramidos de los animales que transportaba, transformando el ambiente en un verdadero infierno. Hasta que llegó el momento en que la embarcación no pudo resistir más y la fuerza de una ola gigantesca la volcó completamente iniciándose de inmediato el hundimiento.

La tragedia había concitado la atención de gente que, desde la costa observaba con horror como las personas y los animales se arrojaban al agua en un estéril intento de salvación.

De pronto surgió entre las olas de la orilla un hermoso toro negro y hay quienes dicen que uno de los marineros del "Etén" se habría salvado sólo porque alcanzó a agarrarse de la cola del toro pero... ¡eso no podría asegurarse!... el caso es que el toro apenas alcanzó la playa se lanzó contra las personas que allí estaban, las que debieron salir huyendo del lugar. Luego, se ocultó tras unas rocas y no volvió a aparecer.

Pasaron los días y quienes acudían al lugar para ver los restos del naufragio, a poco de llegar eran espantados por el embravecido toro que se había convertido en el guardián del lugar. Según se contaba, esto sucedió por algún tiempo y luego, el toro ya no se vio más.

Pasaron los años y una clara noche de luna, unos pescadores que pescaban frente al lugar del naufragio vieron aparecer entre los roqueríos, con los cuernos blanqueando y la piel más oscura que la noche, trotando y corriendo por la playa, como en una inútil búsqueda de los que le acompañaban en el accidentado viaje. Desde entonces y, cada cierto tiempo abundan los testigos de este extraño fenómeno que aún se repite y por lo cual el sector lleva el nombre de "El Toro".



EL CUERO

Desde tiempos inmemoriales se habla -en nuestra zona- de un ser, una cosa o una presencia muy pocas veces vista pero no por eso dicen, menos inexistente. Esta cosa es el Cuero. Dicen que se va formando con los pelos y pequeños trozos de piel de los animales que, al pasar por filosos alambrados -y gracias a la acción del viento- van a parar finalmente, al río. En el agua, estos pelos, lanas y pequeños trozos de piel se van juntando y, de alguna manera adhiriéndose unos a otros hasta conformar este mítico animal. Se nutre y así va aumentando de tamaño, de las especies que pueblan estos mismos ríos, así pejerreyes y truchas, camarones y otros, son su alimentación hasta alcanzar un tamaño que les permita aspirar a una presa más interesante como podría ser: un pequeño chivo o un cordero. Naturalmente, si no se interrumpe su crecimiento alcanza grandes dimensiones, pudiendo fácilmente atrapar animales mayores como burros, vacas e incluso algún caballo que ocasionalmente deba cruzar el río y, para su mala suerte lo haga por donde habita un Cuero. Un misterio responde al preguntarse por qué nunca persona alguna haya resultado atacada por este ser, salvo que ése haya sido precisamente el destino corrido por alguien que desapareció sin regresar jamás.

Don Manuel Cortés, un habitante del sector de Mincha, a orillas del río Choapa recuerda cómo, en su juventud, en compañía de algunos amigos lograron atrapar a uno de estos animales y pudieron comprobar así, su existencia.

- Siempre que lo recuerdo se me pone la piel como carne de gallina. Es algo que aún, pese a los años transcurridos, no he podido superar y que ahora, mirando hacia el pasado lo justifico sólo por lo jóvenes que éramos. Desde luego, nunca volvimos a repetir esta locura. Estábamos con el Rosendo Vega, el Antuco Valdivia y el Vicente Alvarez tomando unos mates y opinando sobre la jornada de trabajo vivida en el día cuando empezamos a difariar con el Cuero.

Opinaba Rosendo: - Por los bordes del cuerpo tiene uñas, largas y gruesas con las que aferra a su presa sin soltarla jamás, arrastrándolas hasta el fondo de las profundas pozas donde vive y allí... les chupa las partes blandas de las que se alimenta.

A esto, Antuco agregaba: - ¡Si, y además estos mismos deshechos que quedan del animal muerto, les sirven para seguir creciendo!

-¿Y cómo estaría que intentáramos atrapar uno?... dicen que en la Poza Verde han desaparecido ya varios cabritos y pequeños corderos desde hace algún tiempo- intervino Vicente.

En medio de esta conversación alguien mencionó cómo se podría intentar la caza del Cuero. El asunto era llevar hasta la orilla del río un gran quisco. Debería estar verde para que no flotase y aparentar algún parecido animal, es decir que al menos se advirtiese la forma algunas extremidades. La razón por la que tenía que ser un quisco, era debido a sus espinas que, clavándose en el cuerpo del Cuero, aumentarían las posibilidades de arrastrarlo a la orilla del río. Este quisco, previamente amarrado con un lazo sería llevado hasta la salida de la Poza Verde, la más profunda de las que había a todo lo largo del río, y desde allí pasearlo por el fondo de la poza.

Así fue como nos juntamos el día que emprendimos esta aventura: El Día de la Caza del Cuero. En realidad, el quisco ubicado resultó pesar demasiado y estaba muy lejos del río, por esto, aún cuando habíamos iniciado temprano la búsqueda de uno que reuniese las condiciones necesarias para nuestros propósitos, la hora fue avanzando y cuando ya lo acarreábamos hasta la orilla del río, la tarde había comenzado a caer y pronto las sombras de la noche nos envolverían.

- ¡Hay que amarrar fuertemente el cordel para que no se nos escape!- gritaba Antuco.

- ¡Ahora te quiero ver, Cuero!- con estas palabras, Vicente intentaba darse ánimos.

- ¡Puchas las espinas pa' bravas, compadre!- añadía Rosendo.

Y así continuó la faena hasta que estuvo todo preparado. Ahora sólo faltaba comenzar el rastreo del quisco por el fondo de la poza.

Como pudieron, con grandes esfuerzos lograron arrojarlo y, luchando contra la corriente lo pusieron en posición. Ubicados en la orilla del río, lentamente comenzó el paseo del quisco por el fondo de la poza. La primera y la segunda vez no ocurrió nada. De pronto, cuando las fuerzas empezaban a flaquear y la frustración comenzaba a cundir, violentamente el cordel fue arrancado de sus manos.

- ¿¡Com... padre... qué fue eso?!- exclamó Antuco.

- ¡¡ Ay, viejito, hombre!!- se le escapó a Vicente.

- ¡Afirmense que nos lleva!- exigió Rosendo.

Hubo un momento de pánico y desorganización. Lentamente comenzaron a recuperarse y corriendo tras el cordel que ya amenazaba con hundirse completamente en las aguas, lograron cogerlo. Cautamente lo fueron recuperando hasta sentir nuevamente, un fuerte tirón. Pero esta vez estaban preparados y se afirmaron hasta que aflojó la tensión. Sin mirarse siquiera comenzaron a recuperar la sogá, que había agarrado gran peso, y lo fueron recogiendo despacio hasta la orilla.

Sin previo aviso surgió de pronto, entre las aguas, una masa sólida y amorfa, cubierta de lamas que se agitaba violentamente tratando de zafarse del quisco y emitiendo sobrecogedores chillidos.

Los hombres comprendieron que era el momento preciso para lograr el éxito que se habían propuesto, y tiraron fuertemente el cordel hasta que la "cosa" estuvo fuera con quisco y todo. Horrorizados los hombres contemplaron como el Cuero se revolvía, se retorció y recogía frenéticamente y "comenzaba a encogerse"... cada vez más y más... cada vez más pequeño... más y más pequeño hasta que, finalmente, sólo quedaron de él, sobre las piedras y la arena del río, un montón de pelos y trozos de piel con sucios vellones de lana. Lentamente, el viento los empujó de regreso al agua.

En el breve lapso de un par de minutos la luna iluminó la figura de los hombres, un quisco insólitamente destrozado y un largo cordel.

Sin cruzar palabra partieron, cada cual rumbo a su casa. Las palabras eran innecesarias. ¿Quién iba a creer que habían atrapado un Cuero?... ¡y no tenían forma alguna de probarlo!

LOS VILOS

La comuna de Los Vilos, con su balneario capital de comuna y un pasado de puerto por el cual se embarcaban los minerales extraídos en esta provincia, está representada en esta colección por siete relatos en los cuales se incluyen narraciones de las localidades de Caimanes, Los Vilos, Quilimarí y Pichidangui.

Se inician con una leyenda originada en el sector de Cavilolén, límite con la comuna de Illapel, y el relato se denomina precisamente "El Cavilolén". Continúa luego en Caimanes, donde se desarrolla la acción de "La niña encantada". Posteriormente se presenta "La procesión" y "Los toros guardianes", que tienen como protagonistas a los habitantes del fundo Los Maquis, en Quilimarí. Luego, en las propias costas de Los Vilos el naufragio de un barco con el cual surge la leyenda "El tesoro de la Santiaguillo".

Siguiendo por la costa de Los Vilos a Pichidangui se relatan dos leyendas más: "El ermitaño", haciendo un recuerdo al trabajo de los arrieros de animales trasladados hacia el sur y, finalmente, con un cargado componente religioso "La Virgen de Palo Colorado".



EL CAVILOLEN

Caminando por el Valle de Choapa, valle poseedor de un misterioso magnetismo, y donde se aúnan el verde agrícola con el duro metal, con un sol de Febrero que cae como una fluida daga sobre nuestras cabezas, buscamos con ahínco al viejo ermitaño. Trabajo nos costó ubicarlo. Sin embargo y, sin mediar explicaciones e indicando un punto en la lejanía, señaló:

- ¡Pa' allá quea la Cueva 'el Chivato!

La Cueva del Chivato, según nuestro informante, es una cueva más antigua aún que la que existió en Salamanca.

-Esta Cueva fue un reducto de espíritus malignos que realizaban allí sus rituales satánicos... y su Dios era... ¡Dios me libre!... ¡un chivo! Allí se practicaron raros y extraños ritos que terminaban con el ofrecimiento de una joven virgen de los alrededores, la que era entregada a este macho cabrío- señaló el ermitaño.

Una de las tantas muchachitas, al poco tiempo de ser ofrendada, dio a luz un extraño ente, mitad hombre y mitad chivo. Tal acontecimiento fue tomado por los espíritus malignos que efectuaban estos ritos como un acontecimiento extraordinario. El extraño ser venía a constituirse en algo así como "el enviado todopoderoso de las tinieblas". Lo llevaron a una cueva y ahí lo dejaron para rendirle tributo.

- Este extraño ser, recibió como nombre Cavilolén. ¿Quién sabe por qué?- se preguntaba el ermitaño.

Cavilolén no se dejaba ver. Encerrado en la cueva pasaba sus días. Con el tiempo tomó la costumbre de salir de noche en busca de jovencitas a fin de satisfacer sus bajos instintos. Esto lo transformó en un ser temido y odiado a la vez. Se supo sin embargo, que el repugnante individuo -al que se creía inmortal- tenía algo en contra que lo hacía vulnerable. Podía ser exterminado por una joven que usase en su contra, un cuchillo con hoja de plata y durante el período de cuarto menguante de la luna.

-¡Cavilolén lo sabía! Es por ello que jamás salía de la cueva cuando esto ocurría- agregó el ermitaño.

Sucedió que una vez, Cavilolén cayó rendido por la belleza y la madurez de una joven que le había hablado con ternura. El no pudo mancillarla y se enamoró perdidamente de ella a tal punto que no pudo resistirse, y actuó en forma diferente a otras veces cuando... justo la noche anterior a que se produjera el temido cuarto menguante de la luna, la joven le dijo:

- Cavilolén... quiero que me acompañes a conocer el mar. Quiero que, cuando estemos allí caminemos por la playa y talvez... si pudiésemos, subir a una embarcación.

Así lo hicieron y cuando estuvieron en un pequeño bote que encontraron junto a la playa, se internaron mar adentro.

De pronto, la joven saltó al agua y se alejó nadando hacia la orilla. El extraño ser comprendió el engaño pero, tuvo temor a arrojarse también él y sólo tras horas de lucha pudo guiar la embarcación hasta la playa. Durante el día se ocultó como pudo y, a la medianoche se dirigió a su cueva. Allí, treinta o más hombres lo esperaban acompañados de la joven, en el lugar donde está la cuesta que hoy lleva su nombre. Con palos y lazos lograron capturarlo y allí sucedió lo que tenía que ocurrir... el Cavilolén cayó abatido por la mano de aquella que lo traicionara y a la cual llegó a amar de verdad.

Arriba, la luna de cuarto menguante desaparecía detrás de las montañas.

El viejo recibió las monedas con que recompensamos su relato, esbozó luego una sonrisa y apagando el cigarrillo que se consumía en sus labios, se despidió agregando maliciosamente:

- ¡No vayan a pasar muy tarde por la cuesta, pues!... Miren que todavía allí penan las almas del Cavilolén y de la niña...

- ¿De la niña?... ¿Cómo que de la niña?- exclamamos con estupor.

- ¡Claro, pues!, ella... luego... arrepentida porque... ¡Cómo que le había empezado a tomar cariño al bicho!, se atravesó el corazón allí mismo. A lo mejor también se había enamorado de él ¡Vaya uno a saber!



LA NIÑA ENCANTADA

Esta historia ocurre al seno de una modesta familia campesina que vivía en la quebrada La Higuera, distante a unos doce kilómetros de la localidad de Caimanes. Allí, todo era absoluta tranquilidad y los días pasaban sin prisa para la señora Zoila y su hija Angélica. Era ésta una hermosa adolescente de extensa cabellera rubia como el trigo maduro, y ojos color de miel. A su paso, cuando acudía por las compras hasta el poblado, los jóvenes quedaban embobados y soñando con una caricia o, al menos con una mirada de aquella angelical muchacha.

Doña Zoila, conocedora de los suspiros que su linda hija despertaba, actuaba con gran rigidez y se encargaba de hacerlo saber, tanto a Angélica como a cualquier tipo que, a broma o en serio, le hiciese saber lo linda que ésta era.

- ¡Adios... doña Zoila... ¿cómo está su hija?- se escuchaba preguntar a algún campesino.

Y doña Zoila prestamente replicaba: - ¡Bien... está pues! ¡Y no crea que a usted... deba importarle oiga!

Solamente bastaba escuchar a la arisca mujer para que nadie se atreviera ni siquiera a mirar a la bella Angélica, la que veía así coartada cualquier posibilidad de hacer amistad tanto con las chicas como, menos aún los jóvenes de ese lugar.

Un día llegaron hasta el poblado varias personas que revolucionaron la permanente apacibilidad del sector. Según se supo, venían a efectuar las mediciones para la construcción de los futuros túneles por donde pasaría la vía férrea. Entre ellos venía Nicolás, un joven mozo de atlética figura y tez blanca que podía confundirse fácilmente con un extranjero, como aquellos ingleses que aparecían en las portadas de las revistas.

Encontrándose de lleno en sus labores, Nicolás observó como una mirada se dirigió hacia él. El más bello espejismo. Por el zigzagueante sendero, la más hermosa joven que sus ojos habían presenciado se fijaban en él. Parecía ser parte del más sublime cuadro que otorgase la naturaleza, confundiéndose y siendo una sola con la belleza floral, el sol y el mismo viento en lo que a él le pareció, ese paradisíaco lugar.

El joven mozo no podía dar crédito a lo que sus ojos contemplaban. Mientras, Angélica sintiendo el peso de esa penetrante mirada alzó aún más su cabeza, clavando también sus pupilas en las de Nicolás. El corazón de la chica palpitó aceleradamente, como jamás lo había hecho y lo mismo ocurrió al interior del pecho del joven. Fue como esos encuentros que se esperan durante toda una vida, como aquello que sentimos cuando encontramos algo que nos ha pertenecido por siempre.

La obligada timidez de la muchacha que arrastraba como un karma, debido a los estrictos tratos de su madre, fue desapareciendo poco a poco, esbozando la más preciosa sonrisa que fue recibida como el mejor de los obsequios por parte de Nicolás. Este, por su parte se convencía cada vez más de que este encuentro sólo pudo haber sido preparado por el destino. Sintiendo la complicidad en la mirada y la sonrisa de la joven se aventuró en decirle:

- ¡Me siento el ser más afortunado de la tierra por haber provocado en ti una sonrisa!... y lo seré más aún si te decidieras a decirme tu nombre, linda princesa.

- Mi nombre es Angélica, ¿y cuál es el tuyo?- replicó ésta.

- ¡Soy Nicolás San Martín y vengo junto a las personas que estaremos trabajando en la construcción de los túneles!

Bastó que ambos jóvenes cruzaran algunas palabras para que se dieran cuenta de la más embriagante atracción que nacía desde el fondo de sus corazones. Los ojos de los ya enamorados fueron los que entraron en diálogo silencioso, capaz de confidenciarse lo más profundo y verdadero de los sentimientos. Fue así que, en un arranque de ternura, los dedos de sus manos se entrelazaron, obviando las declaraciones y palabras.

Puesto en antecedentes Nicolás de los problemas que enfrentaría de enterarse la madre de Angélica decidió enfrentarla, sin embargo fue inmediatamente desalentado por la propia Angélica, quien se opuso tenazmente a esta solución.

Ambos enamorados entonces, en común consentimiento decidieron seguir frecuentándose a escondidas. Cada vez que se veían sentían que el sentimiento de amor era más y más fuerte y los pocos minutos que estaban juntos les parecían segundos.

Doña Zoila, mujer ladina que "veía bajo el agua", como lo aseguraban quienes la conocían, comenzó a sentir algunas sospechas hacía su hija, debido a los repentinos cambios de comportamiento y a sus salidas.

- ¡A ver, tú... mujercilla!... ¿qué está pasando que te noto cada vez más distraída y sales ahora a cada rato?- inquirió la mujer.

- A mi no me pasa nada, mamá... sólo salgo para traer las semillas que doy de comer a mis pájaros- contestó Angélica.

- ¡Más vale que así sea... mira que vos me copocís y las mentiras las se pagar bien caras!- insistió la mujer.

A pesar de las palabras amenazantes de la huraña mujer Angélica y Nicolás siguieron viéndose y, con cada encuentro se fortalecía aún más aquella relación.

Eran los primeros días de Abril y, entre los vecinos del lugar se había organizado un baile que tenía como propósito el celebrar el fin de los trabajos que darían paso a la construcción del ferrocarril. Nicolás sabía que por ello su trabajo allí terminaría por lo cual había decidido con Angélica no ocultar más su amor y asistir juntos al baile de esa noche.

Era cerca del anochecer de ese día de otoño y la lluvia caía torrencialmente, lo cual no significó impedimento alguno para que Angélica se cubriera con su mejor vestido, luciendo verdaderamente preciosa. Al verla, doña Zoila palideció de rabia y sin contenerse le dijo:

- ¡Y a vos qué te pasa que te emperifollaste tanto!... ¿pa' onde creís que vai?...

- Yo... voy al baile como las demás muchachas- atinó a responder la joven.

- ¿Qué te habís imaginado, cabra suelta? ¡No vai a salir a ninguna parte a mojarte!... ¡anda y métete a tu pieza de inmediato!- ordenó la madre.

Las súplicas y los llantos de la bella joven de nada sirvieron, es más, aumentaron la rabia de la dura mujer que, a fuerza de empujones y tirones de pelo la encerró en su pieza. Pero, en la mente y el corazón de Angélica había una sola idea... encontrarse esa noche con su amado Nicolás. Forzando una ventana salió a toda prisa bajo un gélido y torrencial aguacero. Doña Zoila, que sintió los ruidos de esa escapada, montó en la más irracional de las cóleras y, viendo como la muchacha se alejaba velozmente, con los ojos enrojecidos de tal manera que parecían dos entradas al mismísimo infierno, alzando su mano derecha la dirigió hacia Angélica citando una maldición:

- ¡Que los ángeles del infierno alcancen tu pelo, tus zapatos y tu enagua!... ¡por haberme desobedecido, chiquilla maldita... no vivirás jamás si no es en el agua!

Y así fue que doña Zoila, relacionada con las artes de la hechicería según se supo después en el poblado, sin medir las consecuencias de su insana ira proclamó dicha maldición a su propia hija pero, ya era demasiado tarde y... la maldad estaba consumada. El pobre Nicolás nunca más volvió a ver a su amada y para el resto de su vida (que, por lo demás fue muy corta) vagó como alma en pena.

Desde entonces se asegura que cuando cae una lluvia torrencial se forma en el mismo lugar de la desaparición de Angélica, una laguna. Aseguran los más antiguos lugareños que la bella joven se deja ver cada Viernes Santo, sentada en una piedra que existe en medio de la laguna, donde sale a peinar sus largos y dorados cabellos y a llorar amargamente por habérsele negado caprichosamente la posibilidad de ser feliz. Cuentan además que, el conocido cura Salinas efectuaba una procesión a la laguna para que, en sus orillas se rezara para que el alma de la bella Angélica pudiese al fin tener su descanso.



Opedia

LA PROCESION.

Doña Zuna era una mujer de rostro simple y amable, de voz clara y llena de seguridad reunía las condiciones necesarias no sólo para transportar a quienes escuchaban sus historias sino además, hacerlas partícipes de ellas.

De todos los relatos de doña Zuna, el que lograba concitar mayormente la atención era: la procesión. Tenía ésta un gran asidero pues, las personas que fueron testigo de ello podían claramente y sin equivocarse, corroborar cada una de las palabras, fechas y lugares que en este relato se mencionaban.

Esa noche la fogata chisporroteaba con la brisa otoñal, dibujando extrañas figuras entre sus llamas. Los rostros y las manos ávidas de calor encandecían y se cubrían de sombras a medida que el viento jugaba incansablemente con las flamas de color azulado, provocados por la combustión de la leña de arrayán. En esta ocasión, aparte de los integrantes habituales a esta amena y cálida tertulia, se hallaban algunos nietos de doña Zuna, quienes observaban con un brillo expectante en los ojos. Vislumbraban que algo verdaderamente increíble y excitante saldría de la boca de la viejecita, quizás alguna de sus fantásticas historias.

Tal como esos sueños que, al recordarlos se muestran tan claros en la memoria que se podría citar algunos de sus más mínimos detalles, comenzó a gestarse en la mente de la abuelita Zuna aquel relato tan conocido y difundido por cada uno de los integrantes de la familia. A pesar de las tantas veces de relatar esta historia, la emoción volvía a ser cada vez más fuerte y se apoderaba de los testigos que aquella vez, y por casualidad les correspondiera ser partícipes de aquel episodio.

Era pasada las diez de la noche y las sombras eran parte de la más completa oscuridad que hacía rato había llegado, para cubrir completamente el fundo Los Maquis. En el aire se percibía la cercanía del invierno a través de la humedad y el frío. Esto se notaba perfectamente en los más viejos que notaban estas señales a través del dolor en los huesos.

Como era habitual, doña Zuna tras haber realizado todas las esforzadas labores propias de las dueñas de casa del campo, se preparaba para la llegada de don Arturo, administrador de dicho fundo lo cual le mantenía todo el día fuera de casa. Doña Zuna, sin más compañía que la de sus pequeños hijos y dos hermanas, Bertila y Olga, contaban las horas del regreso del esposo.

Ciertamente, esa noche que había llegado acompañada de la más profunda oscuridad, comenzaba a resplandecer con los rayos de una bellísima luna que hizo acallar los profusos cantos de los queltehues anunciadores de lluvia. En el aire aún permanecía el envolvente olor a pan recién horneado y todos observaban con ansiedad la huella de tierra que marcaba la senda por donde esperaban ver llegar a don Arturo.

En eso estaban cuando comenzaron a oír, precisamente en la dirección de la huella, voces de personas que hablaban en voz baja y caminaban, en lenta e insólita procesión. Un sentimiento muy extraño se apoderó en esos momentos de doña Zuna, sus hermanas y sus hijos... como un hielo que recorre el cuerpo... apretando a los niños que permanecían inmóviles... sólo atinaron a persignarse.

Mientras, aquella inusual marcha continuaba su camino con cánticos y rezos, algunas antorchas que levantaban en sus manos iluminaban los ojos de las confusas mujeres que permanecían rígidas como una roca. Lo que verdaderamente llamó la atención de doña Zuna, eran las palabras que proseguían a los rezos del cura y que eran insistentemente repetidas por las personas que acompañaban la procesión:

- ¡Ya viene el final... Illapel y Salamanca... se arrepentirán!... ¡Ya viene el final!...

El escuchar aquellas voces y contemplar el brillo en los ojos del sacerdote que, luego de pasar frente a la casa continuó su camino por la huella, alejándose junto a la gente que integraba la procesión, fueron motivos de sobra para que doña Zuna y sus acompañantes sintiesen congelar su sangre. Luego vino el silencio más completo hasta que fue interrumpido por los cascos de un caballo que se aproximaba.

Don Arturo, advertido por su mujer, sus cuñadas y los niños, sin desmontar siquiera echó el galope para salir de dudas respecto a esta procesión tan extraña y que había logrado alterar la habitual tranquilidad del lugar. Su sorpresa fue mayor al confirmar que a más de trescientos metros y ante su desconcertada mirada ¡no había un alma! Sin tratar de buscar algún tipo de explicación dio media vuelta regresando a la casa donde fue recibido con las interrogantes miradas de sus habitantes quienes se dieron cuenta de lo pálido y sudoroso que venía. Arturo, abrazándolas y con voz entrecortada les dijo:

-No digan nada, mujeres... esto que ustedes vieron yo ya lo había escuchado y... persígnense porque es parte de la maldad misma... ¡algo muy malo va a pasar!...

Al terminar de hablar Arturo, el silencio sepulcral que reinaba hasta ese momento fue abruptamente interrumpido por los más escalofriantes aullidos de perros que, desde distintos puntos del fundo se escucharon por larguísimos minutos.

Terminada su historia, doña Zuna se quedó largo tiempo observando a sus nietos quienes se negaban a pronunciar palabra pues esta historia todavía era muy comentada en Choapa, manteniéndose hasta estos días la incertidumbre de lo que podría suceder con los pueblos mencionados en la espeluznante procesión.



EL TESORO DE LA SANTIAGUILLO.

Durante el siglo XVII numerosos era los barcos que llegaban al virreinato del Perú para transportar el oro, y demás riquezas que Pizarro había conquistado para la Corona Española.

Uno de estos era la carabela Santiaguillo, al mando de su capitán don Diego de García y Ordóñez. En ese entonces el único paso posible entre el Océano Pacífico y el Atlántico era por el Cabo de Hornos, en el extremo sur de nuestro continente. Ello hacía que las embarcaciones bordeasen la costa de nuestro país para el abastecimiento de alimentos y agua, principalmente en Coquimbo, Valparaíso y ocasionalmente en una pequeña caleta denominada Los Vilos.

La Santiaguillo llevaba entonces un riquísimo cargamento de oro y especies camino de España y que aumentaría las arcas de la Corona.

El día que ocurrió lo que vamos a relatar, una repentina tormenta invernal comenzó a azotar las costas de nuestra provincia y La Santiaguillo que navegaba a la cuadra de estas costas comenzó a correr peligro. El capitán García y Ordóñez, observando la violencia del temporal que se hacía cada vez peor y, previendo el naufragio del barco ordenó dirigirse todo lo posible a la playa de Los Vilos para desembarcar en caso de emergencia.

Los hombres, obedeciendo ciegamente las órdenes del capitán se aprestaron a bajar los botes de salvamento previendo un desenlace trágico de esta travesía, cargándolos con el precioso metal y los artículos de valor. Sin embargo, presentían también que éste podía ser su fin si no alcanzaban siquiera la orilla del mar.

Natural resulta entonces que comenzaran a inquietarse y sacar conclusiones con respecto de su suerte. Uno de ellos comentaba:

- Somos muchos los hombres y los lanchones solamente dos. Algunos tendrán que morir en estas frías aguas. Y es mucho también el oro que podríamos dejar sólo para nosotros... ¿Qué te parece, Alvarado?...

- ¡Carga lo que más puedas en el lanchón, Pedro... y vámonos pronto a la playa... allí pensaremos en lo que viene más adelante!...

La Santiaguillo parecía una cáscara de nuez en las bravas aguas del Pacífico, el viento desgarraba las velas de lona como si fuesen de papel... y los mástiles se rompían con la enorme fuerza de las olas que reventaban en cubierta. Algunos de los hombres que se encontraban en las difíciles maniobras fueron empujados violentamente al mar, pereciendo ahogados en medio de los gritos y maldiciones de los marineros.

Alvarado y Pedro subieron al lanchón que ya se encontraba cargado y soltaron las amarras que los unía a la nave, al tiempo que aseguraban la carga. En aquel momento llamó su atención un agudo silbido proveniente del barco... era el capitán García y Ordóñez que junto con ello salta al lanchón acompañando a los marineros.

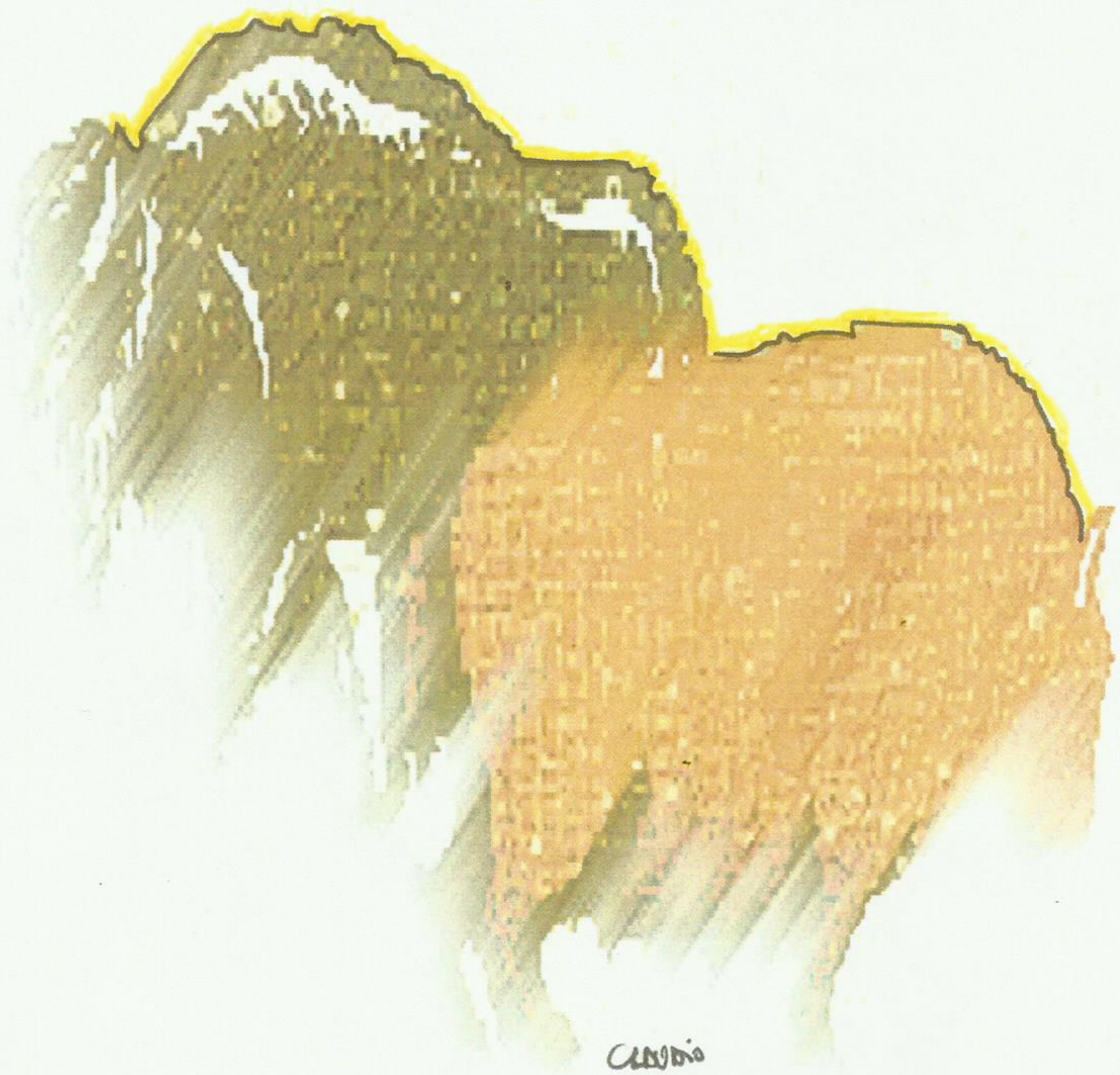
Pedro, Alvarado y el propio capitán reman con fuerza hacia la playa donde se ven luces que parecen guiarlos. Las olas alcanzan seis y siete metros de altura. El peso de la carga hace rechinar las uniones. La pequeña embarcación se encuentra a escasos doscientos metros de la costa pero, el oleaje no les deja avanzar. El capitán mira hacia atrás y ve como su barco se hunde sin que nada pueda hacerse. En ese instante el capitán distingue otro lanchón en la oscuridad y les grita que se mantengan juntos. De pronto, de entre lo más profundo del mar aparece una enorme ola, superior a todas las anteriores que levanta el vecino lanchón para luego dejarlo caer desde gran altura, reventando la embarcación haciéndola naufragar entre los gritos de desesperación de sus tripulantes. El capitán, Pedro y Alvarado observan mudos la trágica escena comprendiendo que su turno no tardaría en llegar.

-¡Ya falta poco ¡ ¡Sigamos remando!- exclama ansiosamente el capitán.

Entonces el mar se recogió, y luego de un breve silencio de muerte surgió una ola gigantesca que reventó la embarcación, despedazando completamente el pequeño lanchón y arrojando a sus ocupantes al mar abierto. Coincidiendo con ello, las luces de la costa se apagaron.

Hasta hoy y... según cuentan los antiguos pescadores del lugar, en noches de temporal entre los meses de Junio y Julio, frente a la playa de Los Vilos se ve una embarcación con algunos tripulantes y... si se escucha con atención, se puede oír los lamentos de los marineros españoles que custodian el oro arrebatado a los Incas.

Según la misma leyenda, quien ose desafiar al mar en pleno temporal y logre rescatar el tesoro hundido, no sólo será inmensamente rico sino que contará además con el eterno agradecimiento de las almas de los marineros españoles que aún, en el siglo XXI están condenados a resguardar el tesoro de La Santiaguillo.



LOS TOROS GUARDIANES.

Lo que vamos a contarles ocurrió hace muchos años atrás en las inmediaciones del fundo "Los Maquis", a unos cuarenta kilómetros al interior de Quilimarí. Eran los tiempos en que una pareja de jóvenes recién casados —y que hoy son abuelos— llegaron hasta allí, para vivir.

Se alojaron primero en el abandonado galpón del campamento que alguna vez albergó a los obreros que trabajaban en las faenas del fundo, pese a las advertencias de los vecinos del lugar quienes trataron de desalentar a la pareja con el argumento de que allí sucedían cosas muy extrañas.

Haciendo caso omiso a las advertencias de aquellos vecinos puesto que el joven era un hombre muy incrédulo (no creía en Dios ni en el Diablo) que no sentía miedo por nada y por nadie, sin pensarlo dos veces se instaló construyendo además, un granero que destinaría para guardar las cosechas.

Nada ocurrió durante toda una semana, sin embargo... al séptimo día... más bien durante la séptima noche se escucharon unos descomunales ruidos, tan espantosos que no permitieron al matrimonio pegar un ojo en toda la noche. Se oía como si quisieran destrozar el granero.

Doña Rosa, que era el nombre de la joven esposa, sentía los párpados cansados y adoloridos tal como si estuviesen llenos de arena, y así fue como la sorprendió la aurora anunciando el nuevo día.

Al levantarse, se percató de que no había huella alguna que denunciase lo acontecido en aquel horrible desvelo. A partir de este acontecimiento y durante mucho tiempo, noche a noche continuaron oyéndose extraños ruidos que los decidió por fin, a abandonar tan maquiavélico lugar.

Se mudaron a una pequeña casita que construyeron en la falda de un cerro, frente al campamento y, a pesar de la distancia que los separaba, aún allí sentían el estruendo como de unas enormes piedras que se movían dentro del granero, acompañadas de un ruido parecido al que producirían el choque de unas enormes astas de los toros, tan fuerte era el retumbo. Había días en que se veían cruzar fuegos entre la cocina y el granero, como si "alguien transportase un brasero encendido".

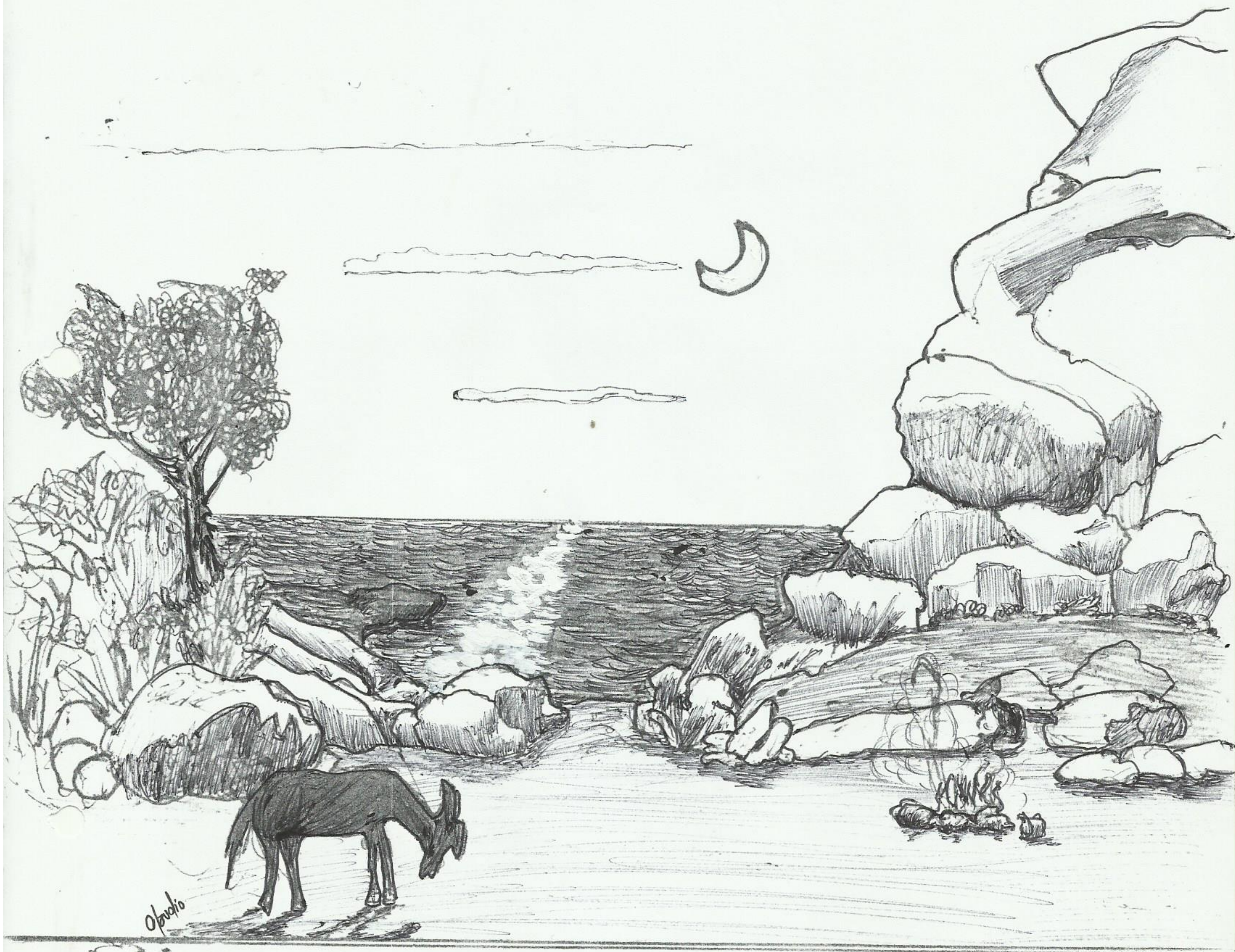
Al comentar estas visiones con los vecinos del sector éstos, con el terror reflejado en los rostros insistían en sus consejos: que se alejaran, que se rindieran ante la evidencia de que "los toros guardianes" no los dejarían jamás vivir tranquilos. Pero el hombre era rústico y terco. Y se quedó.

-¡Váyanse de aquí don Carmelo, doña Rosita... este lugar está maldito!... ¡Ustedes han visto ya que no es mentira!... estas cosas endemoniadas una vez que comienzan ya no terminan.- decían los vecinos.

Tanta insistencia terminó por convencer al matrimonio que un día cualquiera y sin decir dónde, se marchó del lugar. Pasaron largos años y una de las hijas de este matrimonio apareció un día con su esposo para vivir en el viejo granero construido por su padre. Lo restauraron, lo limpiaron muy bien y lo dejaron en buenas condiciones para ser habitado pero... no alcanzaron a estar dos días en ese lugar porque, cuando apagaban la luz, sentían que "alguien" abría y cerraba la caja de fósforos que permanecía en el velador, junto a la vela. A ello se agregaba el aullido de los perros y el asustado relincho de los caballos. Tan inmenso fue el miedo y la angustia que, de nuevo hubo una pareja que optó por huir del lugar, decidiendo irse a vivir al caserío de "Los Maquis".

Tan grande fue la curiosidad por los sucesos que allí ocurrían que, años después, una nieta de los primitivos habitantes de la casa en el cerro decidió terminar de una buena vez con todo y, se trasladó hacia aquellos parajes. Esperaba encontrar el origen de la leyenda de los toros guardianes pero, ya no existía el cuarto donde viviera la primera pareja que ocupó el sector. Habían sembrado en aquella parte del cerro donde estuvo ubicado. La joven no desmayó, por información de sus abuelos llevaba algunas señales que se apresuró en buscar. Sin embargo, al incursionar en el interior de un sitio que, al parecer fuera utilizado como cocina dentro del granero y según había sido informada, había una inmensa piedra junto a la cual, algo parecido a una sepultura suponía que tal vez allí se ocultase algo de valor. Y era posible que aquellos toros que se escuchaban, fuesen sus fieles y celosos guardianes.

Es algo que nunca se sabrá porque, quienes habían demolido el granero unos años antes, borraron todas las huellas que hubiesen podido dilucidar el misterio.



EL ERMITAÑO

Una experiencia inolvidable fue la que tuvo el arriero Servando Campos, en el transporte de ganado que hacía desde los fundos de Quilimarí hasta la Feria de Quillota, cuando estos menesteres se realizaban al más típico estilo de esta actividad... es decir, a caballo y burros de carga para la conducción de las reses.

La lentitud de los piños de gordos novillos obligaba a fatigosas jornadas para cumplir con los ciento cincuenta kilómetros desde Los Cóndores –más de veinticinco al interior de Quilimarí- a Quillota.

Para lograr esta distancia se hacían unas cinco jornadas, alojando en los lugares apropiados donde los animales pudiesen encontrar bebederos cercanos y algo para ramonear. Una de estas paradas se hacía preferencialmente en “El Ermitaño”, a unos diez kilómetros al sur de Pichidanguí. Existen allí unos promontorios de grandes formaciones rocosas cerca del mar donde se destaca, viniendo del sur, el perfil de lo que pareciera ser la faz de un humano, mirando hacia el mar con la vista lejana, más alto que el horizonte. Una frente protuberante, la boca entreabierta, se diría que con la expresión de un pensador angustiado. Llamaron a esta formación rocosa: “El Ermitaño”.

Fama tenía este “ermitaño” de levantarse de su pétrea quietud para pasearse penando por el lugar, al amparo de la oscuridad cerca de la medianoche.

Don Servando Campos, el arriero, acostumbrado a acampar en este lugar jamás dio crédito a semejantes historias... así es que, sin prejuicio alguno y junto a sus dos compañeros tendió pellejos y mantas para un merecido descanso. Era una oscura noche la que se veía venir, acompañada de una densa niebla que había ocultado ya la silueta hermética y misteriosa de “El Ermitaño”.

Antes de dormir, Servando hizo algunas observaciones jocosas con respecto del “Ermitaño”, *observaciones que no fueron compartidas por sus compañeros quienes prefirieron más bien guardar silencio.* Aún no se apagaba el rescoldo del fuego que calentaba sus pies y el teatro de los sueños tardaba en levantar su telón para la función nocturna de las mentes subconscientes, cuando ya los ronquidos de los hombres chocaban con ritmos desiguales.

De pronto, el rostro de “El Ermitaño” apareció a los ojos de Servando Campos, entre la niebla. Sus facciones apenas se distinguen y van transformándose a medida que se acerca, frunciendo las gruesas cejas sobre la penetrante mirada, apretando los carcomidos dientes dentro de una boca con labios que se ensanchan hasta las orejas.

El ronquido de Servando se acelera al ritmo de su desbocada respiración, y el sudor le provoca un pataleo para librarse del abrigo de la manta. "El Ermitaño", tras torturarlo con su macabra mirada desaparece de su vista y Servando comienza a despertar... con la sensación de tener a este espectro recostado al lado suyo... pero ya, sin verlo.

Súbitamente siente un roce frío y reptáceo avanzar por su cara. Sin duda -piensa- la cola del mismo Satanás que no puede ser otro que este viejo "ermitaño". Preso del pánico Servando sólo atina a resistirse.

-¡Retírate, Satanás!... No es el momento aún... ¡No quiero ir!... ¡Sálvenme!... ¡Ayuda!...

Se incorpora el arriero bruscamente eludiendo el terrible contacto y, en su desesperación saca velozmente la cuchilla del cinto y la clava, con rápido movimiento de su cuerpo, en el punto justo donde se estaba deslizando ese frío contacto con su cara. Increíblemente, a pesar de la oscuridad ¡da en el blanco!... pero, siente alejarse la cuchilla ensartada en la cola de Satanás.

- ¡Te tengo, desgraciado... no te vas a escapar... rápido que no escape!...- exclama, alborozado Servando.

Llega un momento en que los sueños, sueños son y no lo son, para bien y para mal. Algunos... quisiéramos prolongarlos... otros, ¡ni qué decir!

Encendido un fósforo se ve la cuchilla arrastrarse por el suelo, atravesada en el cabestro que el burro de carga dejaba atrás al caminar buscando algo para comer.



LA VIRGEN DE PALO COLORADO.

Quilimarí y toda la costa que recorre la comuna de Los Vilos, tiene arraigada en su historia un acontecimiento verdaderamente impactante. Fue el importante hallazgo de la imagen en madera de la Virgen del Carmelo, encontrada entre los troncos de una planta de palo colorado. En 1935 se celebró el Cincuentenario de este curioso hallazgo con una procesión solemne al sitio preciso, donde posteriormente se erigió una ermita, frente a la entrada del fundo "Palo Colorado". Dicen que esta Virgen es extraordinariamente milagrosa y prueba de ello son los innumerables testimonios que tapizan las paredes del santuario.

Si nos remitimos a la fecha del descubrimiento original de la imagen, estaríamos alrededor de 1885 que es cuando se dice, asoló el país una condenada peste de viruela, la que cobró docenas de vidas. Como sabemos, la viruela es una enfermedad sumamente contagiosa por lo que muy pocos se atrevían a prestar algún tipo de ayuda a quienes tenían la desgracia de contraerla. Es más, normalmente se les abandonaba a su propia suerte recluyéndolos en cuevas desde las cuales no podían salir. A la entrada de dichas cuevas se colocaba guardianes para que no fuese posible la huida de algunos de estos enfermos.

Cuenta la leyenda que en una oportunidad dichos guardianes vieron a una mujer de baja estatura y que casi cubría su rostro por completo, la que traía en sus manos un cesto de mimbre cubierto con blancos linos. Al ser interceptada por los guardianes manifestó su intención de socorrer a los enfermos curando sus heridas, dándoles de beber y comer. Estas visitas se sucedieron en varias oportunidades y los guardias estaban asombrados pues no mostraba signos de contraer la enfermedad y, por el contrario los enfermos mostraban milagrosas muestras de recuperación.

Tanto fue lo que se divulgó esta situación que, habiendo llegado a oídos del cura de Quilimarí, se inició una investigación sobre la misteriosa mujer. Esta no arrojó resultado alguno pues, tan misteriosamente como había llegado, la mujer desapareció.

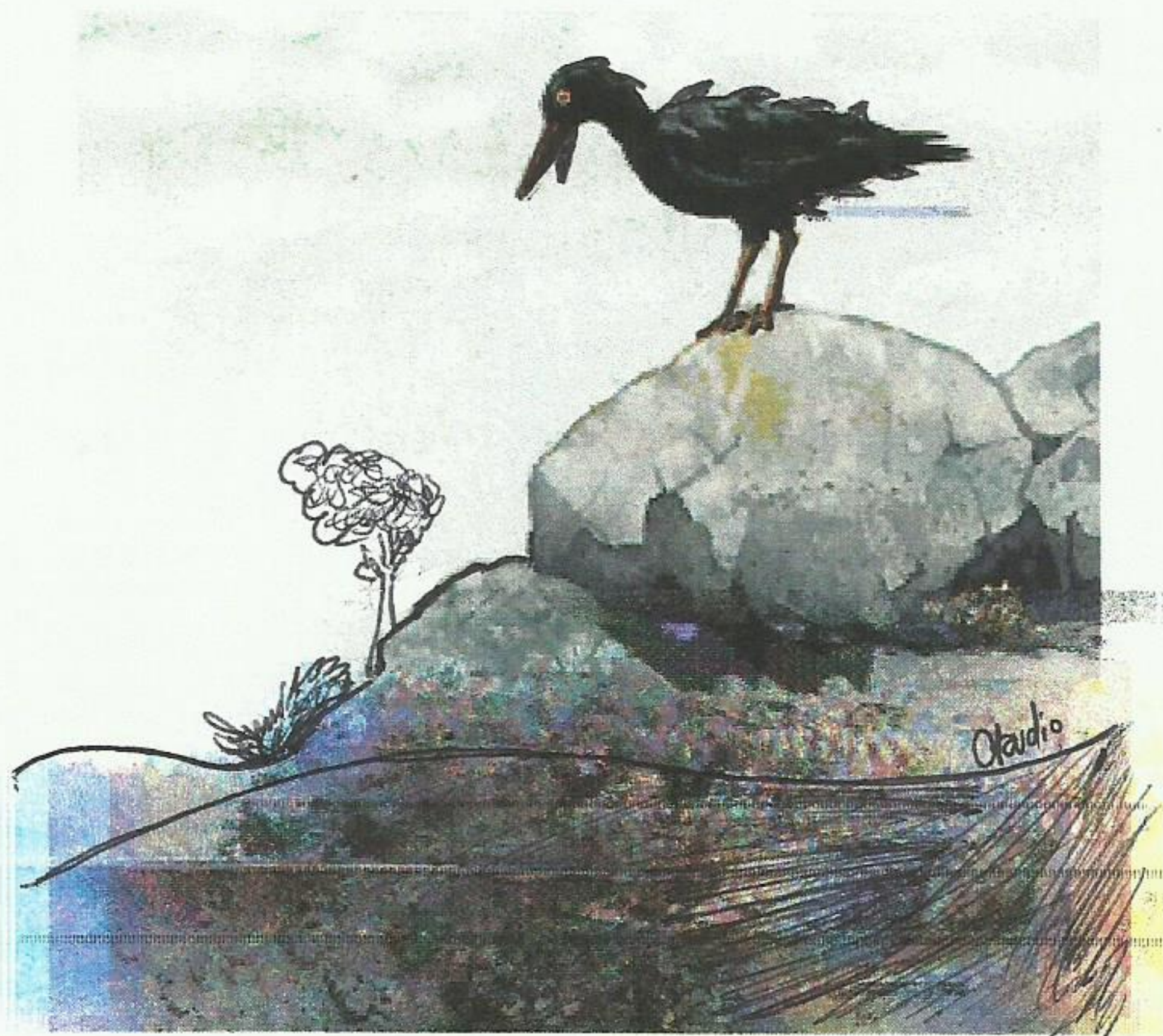
Sin embargo, lo verdaderamente extraordinario es que la imagen de la Virgen encontrada en Palo Colorado presentaba en su rostro curiosas manchas, muy parecidas a las dejadas por la viruela que había sanado a los enfermos de las cuevas de Quilimarí.

Para finalizar la historia, debemos agregar que en el año 1943, fue ordenado restaurar la imagen que se veía un tanto deteriorada, y el artesano que realizó el trabajo declaraba textualmente:

-“Cuatro o cinco veces la lijé y la volví a pintar porque la pintura no lograba secarse, y curiosamente las manchas en su rostro aparecían una y otra vez”.

SALAMANCA

Tierra de brujos, maleficios, mitos y leyendas por excelencia, está representada aquí por nueve relatos que recorren desde situaciones acaecidas en la propia ciudad de Salamanca, como "La noche de San Juan" para, posteriormente trasladarse a la cercana localidad de Chalinga donde se originan "El mate de piedra" y "La mina embrujada, continuando luego en Cuncumén con "Doña Eleuteria". Ubicado casi frente a Salamanca, en el lado sur del río Choapa se encuentra Tahuinco, donde toma vuelo una versión de "La llorona"; más adelante el aporte de la localidad de Cunlagua con la leyenda "El Señor de la Tierra", para finalizar en su propio entorno con "La reunión de la Raja de Manquehua"



DOÑA ELEUTERIA

En el valle del río Choapa, en la localidad de Cuncumén —al interior de Salamanca— existieron, según sus habitantes hasta no hace mucho, las famosas brujas Tué-tué. Una de ellas fue doña Eleuteria Carmona, muy amiga de un antiguo habitante del lugar, don Pedro Cortés relator de este episodio. Dice don Pedro:

- Lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Doña Eleuteria vino a mi casa un día y... me propuso ¡salir a volar juntos! Eso sí, con el compromiso de que jamás, por ningún motivo, la delatara. Ahora, si yo no hacía caso de este compromiso, en venganza me convertiría en burro... para siempre. Aunque algo de miedo sentí, la curiosidad fue más fuerte y acepté su proposición y por cierto... su compromiso.

Siempre se ha sabido que para poder volar en estas condiciones se debe decir alguna cierta clase de palabras, palabras mágicas o algo así. Y estas fueron las palabras de doña Eleuteria —que yo debería repetir— cuando se dispuso a volar, reiterándome encarecidamente que no me equivocase:

- ¡Sin Dios y sin Santa María, ayúdame Diablo, a volar de viña en viña!— convirtiéndose en un negro pájaro que, de inmediato se confundió con la negrura de la noche.

Don Pedro, incrédulo en un comienzo pero muy nervioso por la situación mientras más transcurrían los minutos, más bien asustado y confuso se equivoca y dice:

- Con Dios y con Santa María, ayúdame Diablo a volar de viga en viga!

Instantáneamente, luego de esta impensada equivocación, don Pedro se convirtió en un elegante pavo y comenzó a pasearse por las vigas de la casa donde reinaba la oscuridad.

Doña Eleuteria, al observar la transformación de don Pedro lo llenó de improperios y decidió marcharse sola, volando por los cielos y gritando: ¡Tué... tué... tué... tué.

Cuando estuvo de regreso lo pensó un poco y, apiadándose de don Pedro le devolvió la forma humana, no sin antes señalarle:

- ¡Mire, don Pedro!, le devolví su forma humana pero... recuerde nuestro compromiso. Si usted le cuenta a alguien lo que pasó esta noche, ¡quedará convertido en burro para el resto de su vida! Pasaron quince años luego de estos acontecimientos, y doña Eleuteria, con noventa años bien cumplidos... se murió. Don Pedro, que bien se había guardado el secreto que llevaba, observando a quienes cargaban el ataúd de la doña, pensaba para sus adentros:

- ¡Puchas que está pesado el cajón de doña Eleuteria! Si apenas se lo pueden entre los cuatro compadres que lo llevan hasta la carreta que va al Cementerio...

Intrigado don Pedro se decidió acompañar los restos hasta el mismo Cementerio. Cuando fueron a bajar el cajón de la carreta, se dieron cuenta que ahora éste no pesaba nada. Por cierto, aquello intrigó tanto a las personas que acompañaban el cortejo que sin más, procedieron a abrir el ataúd constatando sorprendidos que éste se encontraba completamente vacío.

- ¡Con el susto que pasamos en el Cementerio, ya no nos quedó dudas que doña Eleuteria era una bruja! ¡Y una bruja Tué-tué!— exclamó don Pedro, y continuó luego:

-Y quiero decirles que en muchas ocasiones la vi aparecer por las tardes, vestida con una falda negra, un chal café y la cabeza amarrada con un pañuelo ¡tal como era cuando estaba viva! ¡Ah!... y además, cuando esto sucedía ¡fijo que ocurría alguna fatalidad en el pueblo!

Demás está decir que don Pedro, hasta cuando vivió doña Eleuteria supo guardar el secreto que había entre ambos ¡no fuese cosa que se quedara convertido en burro los años que le quedaban!



EL SEÑOR DE LA TIERRA.

A pocos kilómetros de la ciudad de Chalinga, en el valle de Choapa, está situada la localidad de Chalinga. Aldea deliciosa por la fertilidad de su campiña, por lo sabroso de sus frutos y, más ~~que nada por la sencillez de sus habitantes~~ los que, aún a inicios del siglo veintiuno, creen en diablos, brujos, maleficios y otros.

Encadenada a una serie de casas se alza una iglesia rodeada por una pintoresca red de flores y árboles frutales, conocida por todos como "el Señor de la Tierra".

A ella vienen a comienzos de año, para ser más exactos por el mes de Enero, miles de creyentes de toda la región y del país para oír la misa y formar parte de una solemne procesión que es el acontecimiento más emotivo y esperado del año.

Mucho se ha hablado sobre la posible veracidad de los hechos que dieron vida a esta tan conocida celebración pero, lo cierto es que en esta ocasión será usted testigo, a través de este relato de cómo fueron las cosas; y cómo cada hecho ha sido celosamente guardado de generación en generación, por los descendientes de aquellos que fueron partícipes de lo ocurrido.

Era don Gracián Rojas, por el año 1810, uno de los vecinos más acaudalados de los que habitaban estos lugares. Dueño de valiosas tierras y sobre todo, propietario de una rica mina de oro que, según decían, desde allí surgían las pepitas del valioso metal como abejas de un panal y en la cual surgió el extraño caso que daría origen a la leyenda, y posterior fundación de la Iglesia del Señor de la Tierra.

Físicamente, don Gracián de Rojas era un perfecto endemoniado... con los ojos y la fiereza de un tigre y quien no creía, como él decía, en "milagritos". A sus trabajadores los explotaba de sol a sol y a punta de látigo, no teniendo la más mínima consideración, ya sea con hombres, mujeres o niños.

Un día que la mina de don Gracián estaba dando más riqueza que de costumbre, un grito de alegría y extrañeza se esparció por el sector. Don Gracián, que no entendía de algarabías ni de jaranas se encaminó hacia el grupo de donde salían los gritos y, sin mediar palabra alguna, al primer trabajador que encontró, le dejó las marcas de sus suelas en el trasero, castigo por lo demás habitual por parte del fornido patrón, para luego decir a viva voz:

- ¡Y qué es lo que está pasando a toda la chusma con este griterío! ¿Acaso no sabe la tropa de ignorantes quién manda aquí?...

Los trabajadores, asustados pero a la vez poseídos de un fervoroso misticismo religioso, atinaron a levantar ante los ojos de don Gracián, una piedra veteada de blanco que habían encontrado en la mina y que dejaba ver claramente la figura de un Cristo clavado en la cruz.

-¡El Señor de la Tierra!, ¡El Señor de la Tierra!- exclamaron con temor.

Al oír esto don Gracián empezó a lanzar golpes a diestra y siniestra sobre los tímidos y asustados obreros, haciéndoles retroceder. Dando con las rígidas costuras del látigo sobre las espaldas y los rostros de los indefensos trabajadores los castigó duramente hasta que tomó entre sus manos la piedra y la lanzó con todas sus fuerzas pique adentro.

Luego de consumado el sacrilego acto, hubo una relativa calma en la mina pero, sólo hasta que comenzaron a escucharse por las noches horribles lamentos, carreras de velas encendidas y otras manifestaciones sobrenaturales, nada sin embargo, que pudiese compararse aún con lo que vendría después!

Los obreros, asustados por los fenómenos que se hacían presentes, comenzaron a planificar una huida de la mina. Esto llegó a oídos del patrón quien decidió cortar lo más pronto posible dicha insurrección dirigiéndose esa misma tarde a la lejana mina.

Hacía rato que el sol había desaparecido tras las rojizas montañas. Don Gracián había recorrido más de la mitad del camino cuando la noche era ya completa. Picando espuelas iba el confiado jinete cuando de pronto el caballo se detiene tan bruscamente que fue a dar de bruces a tierra. Levantándose rápidamente para evitar que la cabalgadura huyese quizo alcanzar las riendas pero, era ya demasiado tarde, el caballo había huido a perderse.

Aumentando aún más su rabia al verse solo en mitad del camino, don Gracián echó a caminar. Rumando su rabia e impotencia iba cuando sintió el temible rugido de un puma... sin amilanarse echó mano a su puñal y se dispuso a esperar a su atacante pero éste contaba a su favor con la oscuridad. Un zarpazo de la fiera lo hizo rodar por el suelo y acordarse de pronto del Señor de la Tierra a quien comenzó a clamar. Un segundo zarpazo lo dejó inconsciente.

Antes de aclarar, trabajadores de la hacienda salieron en su búsqueda, esto les llevó todo el día y sólo fue encontrado al atardecer, en el momento en que don Gracián comenzó a recuperar el conocimiento. Grande fue su sorpresa cuando, al abrir la mano se dio cuenta que tenía en ella la piedra del Señor de la Tierra que el mismo había arrojado a uno de los piques de la mina. Lleno de gozo ante el milagro que no merecía duda alguna, abrazó a todos sus trabajadores allí mismo, con lágrimas en los ojos.

Desde aquel día, don Gracián de Rojas juró y dio orden a los mineros de levantar con sus propias manos una iglesia que sirviera para perpetuar el milagro, interrumpiéndose las labores de la mina hasta que la capilla estuviese concluida. Aquella capilla es la que hoy se yergue conocida como la Iglesia del Señor de la Tierra.



EL MATE DE PIEDRA

Muy cercana a la ciudad de Salamanca se encuentra la localidad de Chalinga. En una gran casona, se celebraba una tremenda fiesta en la que se cantaba y bailaba buenas tonadas y cuecas. Por cierto, la alegría reinaba por todos los rincones. Era alrededor de las diez de la noche y, como suele suceder, cuando menos se esperaba se acabó el vino, elemento indispensable en estas ocasiones. Don José Cortés, un invitado de la parcela del frente, cercana a El Tambo se ofreció para ir a comprarlo a Salamanca.

- ¡Déjenme a mí, no más!; Yo tengo un amigo en el pueblo que no me va a poner problemas pa' venderme un chuico de vino!... ¡Aunque sea tarde!- gritaba don José!

Las mujeres, entusiasmadas animaban al voluntario a fin de que su retorno fuese lo más pronto posible, mientras algunos hombres se adherían al clamor con el objeto de contar prontamente con el preciado líquido. Naturalmente, las tallas arreciaron y uno de ellos agregó en tono de sorna:

- ¡No le vaya a salir el cachúo, pues don Pepe!

A pesar de que don José Cortés había nacido y se había criado en el campo, conociendo por ello ampliamente el sector, al soltar la bravata de partir solo a la compra del vino y luego de escuchar la frase que lanzó uno de los asistentes a la fiesta, no pudo evitar un leve estremecimiento que le provocó el imaginarse caminando por la oscuridad en busca del vino. Sin embargo, la intención ya estaba manifiesta y sólo quedaba dirigirse sin demora a la compra del ya famoso vino de Salamanca.

- ¡Bueno, voy y vuelvo!, ¡espérenme un segundo que ya estoy de vuelta!- se despedía don José. Agarró don José el chuico y, calándose fuertemente el sombrero se dirigió raudo con destino a la botillería, en Salamanca.

En realidad, y pese a la oscuridad reinante no tuvo mayores inconvenientes para cumplir su cometido. Logró que su amigo —a regañadientes por lo avanzado de la hora- le vendiese el ansiado chuico de vino. Junto con empinarse un largo trago se dispuso a retornar a la fiesta donde, desde hacía un buen rato, lo esperaban con impaciencia.

En el camino de vuelta, cercana ya la medianoche y un tanto cansado por la larga caminata, se sentó a descansar un rato y, sin saber como, cayó en un profundo sopor. Se encontró de pronto rodeado de personas desconocidas que lo transportaron a una nueva fiesta, la que se celebraba al interior de una cueva.

- ¡Por la!... ¿Y esta fiesta?... ¿de dónde salió esta gente?... ¡Puchas, aquí si que hay vino!- exclamó don José.

Pronto, como en un sueño observó que la comida se servía con fino servicio de oro, el licor era ofrecido en mates de oro y el vino era el de mejor calidad que se pudiese imaginar. Sin hacer mayores cuestionamientos se incorporó también a esta fiesta tan particular y, observando con mucha atención cuanto allí ocurría, aprovechó un momento de distracción de quienes le acompañaban para echarse al bolsillo uno de los mates de oro. Era tan bueno el vino que don José aprovechó de tomar varios mates antes de reiniciar el camino. Sin embargo, pronto cayó desvanecido bajo los efectos del alcohol.

Cuando despertó, para su sorpresa se encontraba tendido en el mismo lugar que estaba antes de participar de la extraña fiesta. Rápidamente se incorporó y retomó el camino a Chalinga.

Cuando llegó, la fiesta aún no había terminado y fue recibido en medio de manifestaciones de alegría y jolgorio por su gestión. Las cuecas y las tonadas alegraron la ya casi amanecida en Chalinga.

Sin embargo, algo rondaba por la cabeza de don José hasta que por fin se dio cuenta de qué era: recordó el mate de oro que había echado en su bolsillo en la otra fiesta, en la fiesta de la cueva. Llevando rápidamente la mano al bulto e imaginando por cuánto vendería el mate de oro sacó de allí... una piedra... un mate de piedra.



LA RAJA DE MANQUEHUA.

En Salamanca, cuna de las leyendas y mitos relacionados con brujerías y hechizos, se cuenta que desde la cumbre del Cerro La Torre se lanzan brujos y brujas a volar en la noche de San Juan, para reunirse en las cuevas de Salamanca, ubicadas todas en el fondo de una quebrada.

Llaman a esta quebrada "La Rajadura de Manquehua, debido a que dicho cerro ostenta una profunda rajadura, la cual dicen, no conoce fondo. Aquí es donde todos los brujos de la región se reúnen en un gran aquelarre cada noche de Viernes Santo, y desde donde se les ve salir en procesión alumbrados por las antorchas que portan, internándose por los cerros.

Con el fin de verificar la veracidad de estas leyendas, dos amigos -Humberto y Jacinto- decidieron un día ubicarse cerca del lugar para observar desde allí lo que pudiese suceder. Antes de dirigirse al lugar y, con el fin de adquirir un poco de valor pasaron por la casa de Jacinto donde su esposa les atendió con unos buenos mates y tortillas, los que junto a sendos vasos de vino fueron templando el coraje de ambos amigos.

Para cuando decidieron emprender la marcha habían vaciado ya algunas botellas. Con cierta dificultad, debido más que nada a los tragos y no tanto por lo empinado del cerro, pudieron por fin lograr una excelente ubicación desde donde dominaban plenamente la visual de la quebrada.

Al poco rato observaron que decenas de estos personajes comenzaron a salir de las cuevas y al parecer, se disponían a marcharse. Esto motivó a los dos amigos, quienes iniciaron un acercamiento para estar inquirir detalles de lo que estaba sucediendo.

Cuando ambos estuvieron ya muy cerca, se escondieron tras los matorrales, de estos que abundan en los faldeos y se dispusieron a apreciar y escuchar todo lo que allí estaba ocurriendo.

Así estuvieron un buen rato hasta que terminaron lo que parecía ser rituales satánicos y, cuando los brujos se disponían ya a emprender el vuelo, Jacinto no pudo evitar una exclamación al observar que entre los brujos se movía una figura conocida. Llamando la atención de Humberto para que le ayudase, pudo reconocer que entre esa pequeña multitud se encontraba su esposa.

El pobre Jacinto sintió como el estómago le subía y bajaba y un enorme nudo se instalaba en su garganta mientras observaba a su esposa que, escoba en mano se preparaba para emprender el vuelo.

Tan grande fue el impacto de aquella visión que Jacinto abandonó aquellas tierras sin que se volviese a ver y, desde luego sin despedirse de nadie. Humberto, que conocía toda la verdad nunca dijo nada pero, desde entonces jamás pudo dormir en paz... apenas pegaba los ojos se imaginaba a su propia esposa montada en una escoba, allá... en la Raja de Manquehua.



LA LLORONA.

La leyenda de "La Llorona" es conocida y comentada por muchísimas personas, sus versiones difiriendo cada vez y se dice, con apariciones en innumerables lugares. Esta es una más de aquellas versiones.

A doce kilómetros de la ciudad de Salamanca se encuentra un pueblito llamado Tahuinco, un poblado que bien supo de glorias pasadas. Como testimonio de ello, quedan algunas casas que aún maltratadas por los años, conservan un par de bellos y enormes hornos tabacaleros. Durante el mes de Enero sus cerros se cubren de un vistoso color rojizo, el que es entregado por la cosecha y posterior secado de las siembras de ajíes, un producto preferido por los agricultores pues es lo que mejor se da en estas tierras. Tal faena le otorga la apariencia de una extensa y hermosa alfombra natural secándose con los cálidos rayos del sol.

Es su gente, como toda persona sencilla de nuestros campos, temerosa de las diferentes señales que entrega la naturaleza, particularmente de aquellas que tienden a lo sobrenatural.

Hace unos años atrás, en una noche muy fría y oscura de invierno, don Alejandro Plaza regresa muy tarde, luego de visitar a su compadre Francisco que vive en El Tambo.

Mientras caminaba ocupando su mente con los recuerdos de la velada recién pasada, impensadamente encontró en su camino a Rufino, un hombre verdaderamente extraño que recorría todo el valle efectuando trueques con los lugareños y con lo que se ganaba la vida. Llevaba en sus alforjas fragancias, relojes y un sinfín de chucherías. Quienes le conocían daban fe de un gran conocimiento en cuanto a las historias de la región pero, tenía la mala costumbre de iniciar un relato sólo para dejarlo más tarde, inconcluso.

No tardó en informarse del motivo por el don Alejandro se movilizaba ya un poco tarde y como parte del camino debían recorrerlo juntos, ofreció contarle una pequeña historia. Sin esperar que éste aceptara el ofrecimiento, sin más, se lanzó:

- Mire, mi estimado. Lo que saldrá de mi boca quizás le cause un poco de temor pero, créame que le va a servir para saber cuando pueda presentársele en su camino algo que no hay siquiera que mirar... y seguir la marcha.

Hace un puñado de años que en esta zona... ¿sabe usted?... existió una bella mujer que vivió, amó y rió como cualquier mortal. ¡Era alegre!, y según cuentan, donde quiera que iba contagiaba con su personalidad. Pero no todo terminó bien para ella, ya que algo que jamás nadie se podía imaginar le iba a ocurrir... Un día de invierno fue de visita donde su madre acompañada de su pequeño hijo, de donde regresó muy tarde y le asaltaron unos malvados que, luego de golpearla lanzaron al pequeño al río donde pereció ahogado, y dicen... ¿sabe, don Alejandro?... le voy a confidenciar algo: yo mismo, a pesar que ella murió hace muchísimos años... ¡la he visto!... pero... ¡hasta aquí no más le acompaño porque voy por este otro camino!... algún día seguimos conversando...

Era alrededor de las tres de la madrugada y don Alejandro quedó tan estupefacto con las palabras de este hombre tan extraño, que llegó a pensar que estaba loco. A paso rápido y dando tropiezos con las muchas piedras que había en la huella decidió acortar camino atravesando el monte que estaba junto al río. Al internarse en ese oscuro y aterrador lugar sintió un ruido como... si alguien se acercara. Instantáneamente se quedó inmóvil y aguzando el oído experimento la extraña sensación de oír a lo lejos, un lamento.

Aquel escalofriante llanto se fue acercando poco a poco, hasta que de pronto apareció ante sus ojos una mujer enteramente vestida de negro que no decía palabra, sólo lloraba y se lamentaba con fuertes gemidos. Por un momento don Alejandro no reaccionó, pero sólo fue un segundo... al ver que la mujer no hacía nada corrió como alma que lleva el Diablo hasta su misma casa.

Naturalmente, a este hecho sucedieron algunas desgracias y se supone que esto es lo que anuncia la aparición de "la llorona". Por lo menos a don Alejandro no le quedó ninguna duda de que así era.



Claudio

LA MINA EMBRUJADA.

Benancio Ojeda, más conocido como don Beño, un viejo minero por tradición y herencia, de unos setenta años con la mayoría de ellos esperando el filón que habrá de cambiar su fortuna. Poseedor de una recia estampa, rostro tosco como tallado a golpes de martillo, ojos maliciosos, ~~pequeños y negros como cuentas de azabache, bonachón, franco y de risa pronta que muestra~~ unos dientes blancos de hombre sano. Fue una noche de Abril cuando entró al pequeño bar del pueblo, cubierto con su poncho de vicuña y un sombrero de color indefinido, metido hasta las orejas. Todos los que allí estaban le saludaron con afecto y luego uno de los presentes preguntó: - ¿Y encontró la mina que lo hará millonario, don Beño?...

Don Beño se acercó al mesón, pidió una caña de tinto, se la sorbió lentamente y mirando a todos con sus ojos llenos de malicia, dijo muy serio:

- Si amigos, la encontré.

Todos se miraron estupefactos e incrédulos y quedaron con sus vasos en el aire esperando la continuación de esta extraordinaria afirmación:

- Anduve toda la semana cateando por la quebrada de "Las Chilcas" y tres noches seguidas soñé que estaba sentado en un trono de oro puro. Todos me rendían homenaje y me llevaban regalos. Luego venía una mujer con un velo que le cubría toda la cara, y me hacía señas para que la siguiese. Esta era... la Fortuna que me llamaba, no les quepa duda. A los tres días encontré una antigua mina abandonada y casi enterrada y, floreciendo al sol unos desmontes. Al ver las piedras me di cuenta que era muy buena, traje unas cuentas y hoy se las llevé a don Rodolfo Fuentes... ya saben... el mejor conocedor de la zona y me dijo que la mina es de ley... si es así quiere decir que encontré la fortuna que tanto he perseguido.

- ¿Y dónde dice que queda esa mina, don Beño?- preguntó uno.

- En la quebrada de "Las Chilcas" para el lado de la cordillera, muy adentro... a una cuatro o cinco horas de Chalinga, a buen paso de caballo- contestó don Beño.

- ¡No vaya a ser la "mina embrujada", don Beño!.. yo le escuché a los antiguos que por esos lados había una mina muy rica, pero todos los que habían intentado trabajarla morían trágicamente! Un gringo que no creía en brujos y aguantó dos días vio como la mina se llenaba de agua y salieron de ella miles de ranas que intentaron devorarlo- agregó otro.

Don Beño se rió, desechando cualquier tipo de superstición, se despidió de todos y se retiró a descansar pues al día siguiente saldría de madrugada, prometiendo que a su regreso se encargaría de pagar todas las corridas de vino que bebiesen.

Al día siguiente, y apenas despuntaba el alba don Beño, acompañado de su hijo Pedro se puso en camino.

A medida que se adentraban en la montaña el paisaje se hacía más hosco y más gris, cerros calizos salpicados de quiscales parecían todos iguales. Iban en silencio, el muchacho un tanto adormilado y don Beño tejiendo ilusiones en sus telares de ensueño. Habían avanzado bastante. Un sol pálido dibujaba arabescos de sombra en la tierra plomiza. Dirigiéndose a su hijo don Beño le habló:

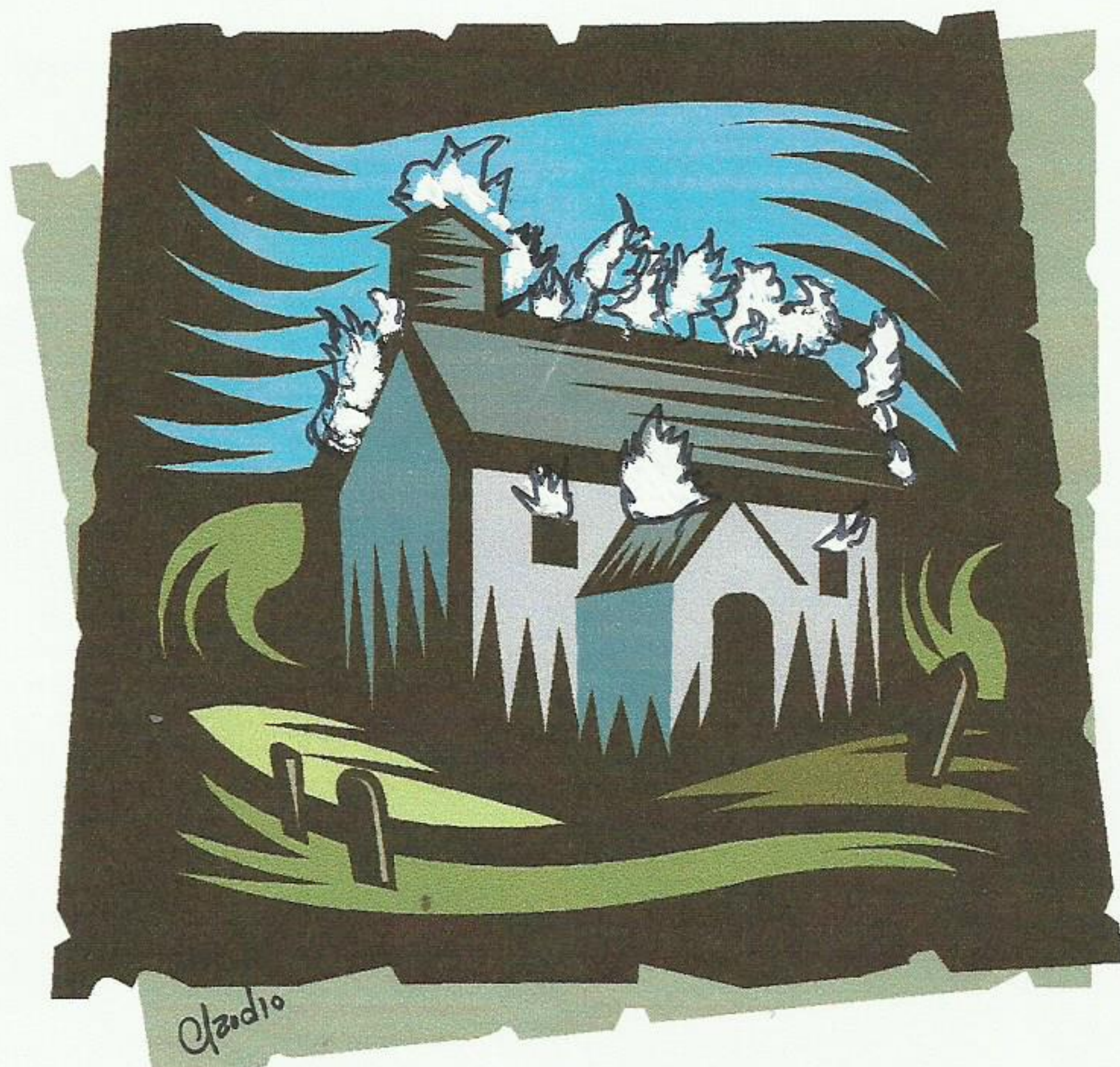
- Debemos estar cerca... estos cerros son todos iguales... lo despistan a uno. Bajemos y descansemos. Prende un fuego, en las alforjas hay té y charqui. Yo voy a allegarme a aquella loma... desde allí deben verse unas piedras grandes de donde sale un camino de cabras que baja a la mina.

De pronto, una sombra y un graznido cortó en dos el paisaje callado. Ambos miraron hacia arriba: uno, dos, varios pájaros giraban en círculos graznando estridentemente. Aquello llenó de temor al muchacho que, acobardado suplicó a su padre volverse al poblado.

Don Beño no quiso escuchar a su hijo y se perdió tras la loma. El muchacho quedó obsesionado con la visión de los pájaros que oscurecían el paisaje y de pronto vio cómo se lanzaban en picada detrás de unas piedras. Luego escuchó un grito que sobrepasó la barrera de los graznidos y después... un silencio... un silencio que se extendió como musgo blando, apoderándose de todo para enseguida ver como los pájaros huían perdiéndose en la lejanía. Un terrible presentimiento se apoderó de él y corrió hasta donde vio caminar a su padre. Quería llamarlo pero no encontraba la voz... siguiendo su instinto corrió hasta la loma y lo que allí vio lo dejó clavado en tierra. Tendido en el suelo, el cuerpo de Benancio Ojeda tenía la cabeza destrozada a picotazos, los jirones de carne pendiendo como parches rojos, la sangre formando un pequeño arroyo, espeso y negro. Pedro sintió que el terror le daba fuerzas y acercándose tomó el cuerpo sin vida del hombre y lo llevó con esfuerzo hasta el caballo. Allí lo atravesó y afirmó con el arzón de la montura, luego montó en su mula y emprendió el camino de regreso, sin mirar atrás, empujado por la angustia. Trató de recordar lugares, hitos de referencia pero todo el paisaje parecía igual... sólo el instinto lo guiaba y, mejor aún, el instinto de los animales iba encontrando el camino de regreso. Cabalgó sin saber cuánto tiempo... empezaba ya a oscurecer cuando divisó los ranchos del caserío de Chalinga.

Al aparecer el muchacho con su carga trágica, la gente comenzó a agruparse. Pedro sentía que las palabras se le habían perdido, que sus frases quedaron a gras, en el camino, nada podía decir y... todos preguntaban a la vez.

Esa noche, en el bar del poblado se comentaba la muerte de don Beño. Era la "mina embrujada" la que había encontrado, no era la Fortuna la que lo llamaba en sus sueños sino la muerte. Poco a poco todos quedaron en silencio, el recuerdo de las ilusiones de Benancio Ojeda, don Beño, minero de estirpe, les envolvió en un escalofrío de terror.



LA NOCHE DE SAN JUAN.

Hace muchos... pero muchísimos años en los alrededores de Salamanca había un gran fundo llamado San José. Su dueño, don Rogelio de la Fuente, un patrón muy humano a quien la gente quería mucho pues se desvelaba tratando de ayudar en lo que podía a trabajadores y familiares. Eso sí, el año que ocurrieron los hechos un intenso calor había secado las aguas del río y la poca que podían extraer mediante pozos sólo alcanzaba para el consumo de familias y animales, para peor luego -a comienzos de otoño- algunas nevadas habían quemado la mayoría de las siembras. Don Rogelio estaba preocupado, sabía que si las cosas continuaban de esa manera tendría que despedir a los trabajadores, y más malo aún, debería abandonar su querido fundo que tanto trabajo le costó a su padre y a él. Poco a poco una enorme angustia se fue apoderando de su espíritu y casi no se veía, encerrado pensando qué hacer, cómo salir de la mala suerte. Pasaron unos días y cuando volvió a salir de su cuarto ya no era el hombre que habían conocido sus inquilinos... ahora era un ser huraño, frío y prepotente.

Así fue como llegó la noche del 24 de Junio y don Rogelio se encerró muy temprano en su dormitorio. Dejó orden de no ser molestado por motivo alguno y, cerca de la medianoche se empezaron a oírse ruidos extraños, mientras los perros aullaban lastimeramente y se le oía conversar con alguien que nunca se vio entrar ni salir de la casona.

A la mañana siguiente, don Rogelio se vistió con sus mejores aperos, como cuando iba a la misa los domingos, y se dirigió al portón de la casona. Allí se encontraba una imagen de San José, carpintero. La miró con odio indescriptible y, cogiendo un palo le destrozó la cabeza.

Desde ese día todo cambió: la tan esperada lluvia bañó todo el lugar haciendo que aumentara el caudal del río, la tierra brotó y las siembras crecieron fuerte augurando una excelente cosecha para ese año. En tanto, don Rogelio se había encargado de clausurar el Oratorio del fundo y se proponía la construcción de un gran templo que debería estar terminado antes del 24 de Junio del año siguiente.

Ya no había de qué preocuparse, las cosechas fueron seguras, la vid se dio como nunca antes y jugosos racimos se vendieron a buen precio, al igual que el maíz y el trigo. A comienzos de Abril don Rogelio comenzó a preocuparse... el plazo que había dado para la construcción del templo se acercaba y no se veía por dónde se podía cumplir. Por más que obligaba a sus obreros a trabajar, la construcción avanzaba muy poco. Al ver que ya terminaba Mayo y era prácticamente imposible cumplir con el plazo, ordenó suspender la obra y se encerró en su pieza. No volvió a salir de allí. Le sentían lamentarse y llorar por las noches. Hasta que llegó el veintitrés de Junio y alrededor de las seis de la tarde, cuando caía la noche, con las barbas largas, el pelo despeinado y la ropa sucia, se dirigió como hipnotizado al sitio donde estaba, a medio levantar, el templo. Exactamente a las doce de la noche, la construcción se incendió. El fuego se podía ver desde lejos y la forma de las llamas reflejaban claramente la horrible faz del Diablo y se oía su risa.

Al día siguiente la gente fue a ver lo que había pasado. No había rastro de fuego... el templo estaba intacto y en medio de él, el cadáver de Rogelio yacía estirando y con un desgarrador gesto, donde se adivinaba la postrera y desesperada intención de huir del lugar.

ILLAPEL

Illapel, comuna capital de la provincia de Choapa, se muestra en esta recopilación como cuna de mitos y leyendas, presentándonos once leyendas de las cuales seis, y es importante hacerlo notar, surgen en el propio sector urbano de la ciudad. El primero de los relatos se refiere a un tema frecuentemente utilizado en la narrativa de nuestro país y se denomina "La visita del Diablo"; a continuación las narraciones "Escoria vibrante", "El roto que engañó al Diablo", "La mujer de blanco", "El cerro Tres Puntas", "El vuelo extraño" y "La piedra del auto". Continúan más adelante los sectores rurales, iniciándose en Huintil donde, en el sitio denominado "El Bato", se ubica la acción de "La viuda de ancas". Posteriormente, dos leyendas que tienen como escenario la localidad de Peralillo: "La piedra encantada" y "El cerro La Gallina". Finalmente, un sitio con enorme tradición minera: Farellón Sánchez y su leyenda "La Cuca".



LA VISITA DEL DIABLO.

Cada día al atardecer, uno a uno llegaban los niños a casa de la abuela Clotilde. Así la llamaban cariñosamente los vecinos. Ubicada entre las últimas casas de la calle que da camino a las yeseras, en Illapel, se reunía con los pequeños en una vieja pieza de adobes. Esta se encontraba cubierta por una gruesa capa de color negro, producto del humo y el hollín que se desprendía de la antigua cocina a leña. Por las ranuras de la deteriorada estructura se colaba el viento rápido y silbador que contrastaba con la tibieza interior.

En tanto se iban juntando, los primeros en llegar se sentaban frente al brasero, preparándose con entusiasmo a escuchar las misteriosas leyendas que tan bien narraba la abuela Clotilde.

Ante la insistencia de los pequeños iniciaba doña Clotilde sus relatos, exigiendo para ello en primer lugar un profundo silencio, dejando escapar luego la imaginación según se sucedían las acciones.

Un día como tantos otros, y luego de cerrar el gallinero, después de haber alimentado aquella tarde por última vez a sus gallinitas, doña Bernarda emprendía la retirada hacia su tibio lecho. Como era habitual también, cada noche el sueño duraba poco y, alrededor de las dos de la mañana ya se preparaba para la llegada del alba. En su cabeza repasaba todo lo vivido en la jornada anterior y los deberes que le esperaban para el día siguiente. En eso estaba doña Bernarda, en medio de la oscuridad que reinaba en la habitación cuando, afuera... se iniciaron los reiterados ladridos de sus perros... para tan pronto quedar en el más completo silencio... el que fue roto abruptamente por un escalofriante ruido de cadenas.

Doña Bernarda se quedó escuchando con atención y esta vez, el galope raudo de un caballo se sumó al ruido de cadenas. Los perros gemían y aullaban conjuntamente. La noche se hizo grande y pequeña a la vez, grande por la oscuridad que la envolvía, pequeña por la cercanía del corcel misterioso que arrastraba cadenas y que detuvo bruscamente su marcha junto al portón. Al instante los perros callaron y el portón con su crujir lamentoso empezó a ceder.

Los pasos fuertes y firmes de un hombre se sentían más y más cerca. Un tropezón con la tinaja del agua hizo que un jarro de lata rodara cuesta abajo hasta caer cerca de la cocina. La vieja Bernarda temblaba hecha un ovillo en la cama y apenas respiraba por el temor hacia lo que pensó serían posibles ladrones.

Afuera, las gallinas emprendieron la más grande de las zalagardas, vueltas locas por esas manos extrañas que, posiblemente las estuviesen metiendo en un saco. Luego, el portón se abrió nuevamente y las gallinas volvieron a cacarear, como asimismo el estridente ruido de las cadenas.

El galope de un caballo se perdió poco a poco mientras los perros entraban en un descomunal aullido que se volvía cada vez más endemoniado y congelaba hasta los mismísimos huesos. La pobre Bernarda sentía como el corazón le recorría todo el pecho y un nudo en la garganta le aprisionaba dejándole casi sin respiración. Su cuerpo sudoroso casi resbalaba de la cama y sólo atinó a tomar del respaldo de su marquesa, el rosario de cuentas de madera para comenzar a rezar y pedir a Dios clemencia y fortaleza. Posteriormente quedó inmersa en un sopor que la envolvió en un profundo sueño hasta su habitual despertar. Al abrir los ojos, en su memoria no había nada de lo sucedido esa madrugada, atinando tan sólo a vestirse con rapidez para iniciar las cotidianas labores de la casa. Abriendo la puerta que daba al patio tropezó con el jarro que servía para sacar agua, volviendo de inmediato y como un balde de agua fría, el horrible tormento que la mantuvo despierta casi toda la noche.

-¡El jarro del agua!... si-si-si está intacto... ¿y mis gallinas?... pero si están toditas... ¡Menos mal!... ¡que me lleve el Diablo!... – exclamó doña Bernarda.

Al mencionar la frase ¡Que me lleve el Diablo!, vino a clavarse su mirada como dos filos de cuchillos en una huella... la tremenda huella de una pata que más parecía una garra, la que había quedado marcada en el barro, donde podían apreciarse con nitidez tres enormes pezuñas. Esto fue más que suficiente para que la pobre vieja perdiera los sentidos sin recuperarlos jamás.

Los niños sentían como sus pequeños corazones latían con fuerza y sus ojos brillaban como los de un gato en la oscuridad mientras contemplaban atentamente a la abuela Clotilde. Ella, con un gesto tranquilizante y de ternura, pasó gentilmente sobre las cabezas, acotando:

- ¡Bueno, niños!, se dice que aún en los días más fríos de invierno aquí, en la “Cancha Brava”... el Diablo pasa arrastrando cadenas a todo galope... lo cual es anunciado por los más feos aullidos de perros.

Afuera, la noche avanza y los niños, estremecidos por el miedo se despiden de la abuela Clotilde mirando por sobre sus hombros a la a la temible oscuridad.



ESCORIA VIBRANTE /

Hay un ambiente de inquietud en la faena... ha vuelto el patrón desde Santiago, y su presencia está acompañada de una tensión permanente en el trabajo. Todos saben de la tiranía de sus mandatos y la dureza de su trato. En silencio y cabizbajos cada cual realiza su tarea, con eficacia y tesón.

Mercedes, la mujer de Pedro el capataz, se esmera en la preparación de la comida tratando de satisfacer los gustos del patrón. Este día, al servirle el almuerzo, notó que éste estaba complacido y no tardó en demostrarlo, rompiendo la costumbre de comer en silencio. En tono amable le habló:

- ¿Sabes, Mercedes?... eres muy bonita, tienes unos ojos negros y una boquita roja que... ¡ya los quisieran las señoras que acabo de ver en la capital!

Ella enrojeció y él, para bajar la tensión que había originado su comentario, agregó:

- Está muy buena tu comida.

Mercedes se sintió turbada pero, mujer al fin, agradeció con un gesto el halago nunca antes recibido. Con la sencillez e inocencia de las campesinas, esa noche Mercedes le contó a su marido la amable escena con el patrón. Este abrió los ojos y mirándola fijamente, reflexionó:

- No me gusta na' esto, Mercé. Los ricos no quieren nunca na' bueno pa' los pobres. Si vuelve a decirte algo... me lo contai...

Pasaron algunos días y el patrón seguía mirándola con simpatía. Ella en tanto, disimulaba como podía su rubor. No tardó demasiado tiempo en repetirse nuevamente el hecho, cuando el patrón nuevamente la abordó:

- ¿Sabe, Mercedes?... me gusta tu servicio. Voy a aumentar tu jornal... así te das mejor vida, compras vestidos nuevos y puedes poner en la escuela a Andrés... para que no sea un ignorante, como su padre.

Andrés, el hijo de Mercedes y Pedro tenía ya nueve años y comenzaba a aprender las faenas minera que realizaba su padre. Con la simplicidad de costumbre, esa noche Mercedes le platicó a su marido el ofrecimiento del patrón. Pedro se alarmó profundamente y, esta vez, una espina de duda se clavó en su corazón. Dirigiéndose a Mercedes le dijo:

- ¡Puchas, Mercedes... te dije que esto no me gusta ná!

Esa noche, ninguno de los dos pudo dormir. Algo muy profundo se cernía cual presagio de algo fatal que ocurriría pronto. Llegó al día siguiente, quizás demasiado pronto.

Muy temprano el patrón se presentó en la casa de Pedro dando instrucciones. Era Pedro quien debía subir ese día a encender los hornos de la fundición, mientras él ocuparía a los demás obreros en otro trabajo.

-Que extraño- pensó Pedro. Se preocupó y mil cosas pasaron por su mente. Quiso protestar pero calló, midiendo las consecuencias de asumir aquella actitud. No alcanzó a razonar pues, la orden era imperiosa. El patrón insistió.

- ¡Rápido, Pedro... y llévate al niño!... talvez pueda ayudarte en algo.

Sin más que pensar, Pedro caminó presuroso, empezando la faena pronto ardieron los hornos. De pronto, sintió un impulso incontenible que lo obligaba volver a casa. Dirigiéndose al pequeño Andrés le entregó las instrucciones para la vigilancia de la labor. Y corrió desesperadamente llegando de improviso a la casa. Rápido entró al cuarto y... allí estaba el patrón en amable plática con su mujer.

La mujer, al advertir la presencia de Pedro y la ausencia del niño fue embargada por un presentimiento horrible. Corrió enloquecida hacia los hornos y, para acortar camino saltó por sobre las escorias sin sentir que le quemaban los pies.

- ¡Andrés... Andrés... hijo mio!

En su loca carrera alcanzó a escuchar el grito de un niño que, arrastrado por la fuerza de la palanca que sostenía, caía en las llamas. Es el momento justo en que ella se lanza a salvarlo, siendo también víctima del arrojo de su propio corazón maternal. El fuego se tiñó de sangre.

Las llamas se alzan bramando más altas que nunca, tal vez clamando venganza, acaso implorando perdón mientras en ellas se dibuja nítidamente la figura de dos corazones.

Y cuenta la leyenda que, en el barrio El Escorial, en la parte alta de la ciudad de Illapel donde efectivamente una vez estuvieron instalados los hornos de la fundición, algunas noches el viento repite el grito desgarrador de un niño que llama, desesperadamente a su madre.



EL ROTO QUE ENGAÑO AL DIABLO /

El Diablo es tan diablo, que hasta los más diablazos les temen a sus diabluras. Nadie se atreve con él.

Y Bartolo era un huaso joven al que todo parecía salirle mal ese año: no había semilla plantada por él que lograra germinar y, menos aún dar fruto. Pensado en ello, reflexionaba para sus adentros:

- ¡Puchas que estoy quemao!... todo lo que hago me sale mal. En otoño se me helaron los maizales, en invierno se me inundó el sembrao y, de puro flaca, se murió mi vaca. ¡Parece que mejor voy a partir a otro lao a probar suerte!

Bartolo tenía unos parientes en la costa pero... ¡cómo se iba a hacer pescador si ni siquiera conocía el mar? Pensó luego que ser minero sería fácil. Pensando en ello se encaminó a Los Lavaderos de Illapel, donde decían que las pepitas de oro se hallaban como chicharrones en un plato de porotos. Pero, nuevamente a Bartolo le fue mal... no encontró oro.

Luego de esta experiencia inició muy triste su regreso a casa. Para acortar camino se internó en un oscuro bosque y ya había comenzado a anochecer, así es que pronto la oscuridad lo envolvió completamente. Tuvo miedo pero... más miedo sentía de volver a su tierra sin un cobre. Pronto se celebraría "el dieciocho" y quería bailar unas buenas cuecas con la Peta, su mujer. Entonces recordó que su abuelo, muchos años atrás, le había contado cómo se había hecho rico un amigo suyo. Tomó entonces una decisión y, en medio de este tupido bosque donde no podía siquiera verse las manos, invocó al Diablo según le indicara su abuelo diciendo:

- ¡Cachúo! ¡Amigo... abandona tu retiro que te necesito altiro!

- ¡Cachúo! ¡Amigo... abandona tu retiro que te necesito altiro!

- ¡Cachúo! ¡Amigo... abandona tu retiro que te necesito altiro!

En ese mismo momento, un relámpago abrió de par en par las puertas del infierno y por la tierra rodaron todos los ruidos del bosque. Entonces lo vio: de pera, bigote y rabo, por los ojos saliendo chispas y una endemoniada risa que a Bartolo le congeló la sangre. Dirigiéndose a él, el Diablo gruñó:

- ¿Quién se atreve a molestarme con tanta insistencia?

- Yo... yo... Bartolo, te invoqué para proponerte un trato muy bueno para los dos.

- Espero que sea muy bueno como para que me hayas molestado- espetó el Diablo.

Ahí comenzó Bartolo, ya con más confianza, a plantearle el trato que tenía en mente. Sin pensar demasiado en las consecuencias que podría traer este encuentro con el Príncipe de las Tinieblas, Bartolo comenzó a explayarse en el negocio. A medida que éste avanzaba, el Diablo parecía interesarse bastante.

- ¡Mire, estimado Lucifer!... lo que este humilde servidor requiere de su mercé es solamente un puñado de billetes que logre sacarme de tantísimos problemas y, a cambio de ello, le ofrezco lo máspreciado que un hombre pueda tener: ¡nada más y nada menos que mi propia alma!- terminó dramáticamente Bartolo.

- ¡Bien me parece, Bartolo!... pero antes tendremos que firmar un pacto en donde quede claro el día que me llevaré tu alma. ¿Qué te parece si lo firmamos de inmediato? ¡Ah... y cuánto quieres de dinero y cuándo quieres que te lleve!- se regocijaba el Diablo.

- Hoy día necesito la plata y me lleva mañana- contestó rápido Bartolo.

Allí mismo el Maligno le pinchó el dedo del corazón al huaso, y con su misma sangre escribió en un papel: "Bartolo Lara, el dinero hoy día pero, te llevo mañana". En cuanto el huaso firmó el trato el Diablo lo guardó y desapareció, en una explosión de carcajadas, fuego y humo.

Bartolo se echó las manos a los bolsillos y los sintió repletos de dinero, sobándose las manos pensó: ¡la carita que va a poner la Peta cuando me vea... caballo chileno, espuelas de plata, manta nuevecita y como remate, todo lo que quepa en la carreta pa' un tremendo asao! Se le hizo corto el día para la fiesta, donde todo el mundo comió y bebió. Pero pronto anocheció y Bartolo, montando su caballo partió a la cita.

En el mismo sitio que habían contraído el compromiso se encontraron el Diablo y Bartolo. Sin mayores introducciones, el Diablo le manifestó:

- Bueno Bartolo... ya cumpliste tu deseo y ahora cumplamos con el pacto. ¡Prepárate que te llevo!

- ¿Cómo que te llevo? Tan Diablo que es y ni siquiera sabe leer.

De mala gana el Diablo sacó el papel y leyó en voz alta: "Bartolo Lara, el dinero hoy día pero, te llevo mañana". -Es verdad... la cosa es mañana- exclamó.

Bartolo, viendo que tenía al Diablo atrapado se aprovechó de la situación exigiendo otros pesitos, para el viaje.

La situación se repitió una y otra vez hasta que el Diablo no soportó más y enardecido por el engaño ardió como los fuegos artificiales que Bartolo encendió en las ramadas de ese año, desapareciendo para siempre de la vida de Bartolo.

Los nietos de sus nietos cuentan ahora que Bartolo hizo luego trato con la tierra, y ella siempre le dio rocío de plata y espigas de oro, que son la verdadera fortuna de los campesinos.

Sin embargo, cuando a medianoche aúllan lastimeramente los perros, los ancianos del lugar aseguran que es el Diablo, que todavía no se conforma y busca el alma del huaso pillo que lo engañó.



Cludio

LA MUJER DE BLANCO.

Dicen siempre que el otoño es el mejor tiempo para contar sabrosas historias de tiempos pasados. En casa de don Daniel González, familia humilde del barrio La Puntilla de este apasionado y caprichoso pueblo de Illapel, se reunían por las noches junto a sus vecinos, en aquel amplio patio rodeado de árboles y plantas floridas que doña Rosa cultivaba celosamente, a contar dichas historias.

La luna tímida y pálida de Mayo se asomaba por entre las nubes en aquella agradable noche, alumbrando las grandes piedras blancas que han adornado, protegido y también amenazado por muchos años —durante crudos inviernos y sofocantes veranos— las casas de adobe del sector; “alas de mosca” les dicen los entendidos.

Aquella noche, como en tantas otras, el tío Daniel recordó una historia. La historia de Manuel. Acomodándose en el taburete que ocupaba junto al brasero, Daniel recordó a aquel vecino y se dispuso a relatar su historia:

Sabrán ustedes que este hombre siempre vivió muy solo. Pues, cuentan que en cierta oportunidad los vecinos le narraron la historia de una bella y misteriosa mujer de blanco, la que solía aparecer por las noches sobre las piedras blancas del barrio. Algunas veces llorando, otras cantando y siempre causando una gran inquietud y temor entre los habitantes del sector. Tal como aparecía, desaparecía misteriosamente dejando tras de sí un interminable bullicio de perrunos aullidos.

El día que sucedió lo que les estoy relatando, Manuel se quedó en el centro de la ciudad tomándose un traguito para aplacar un poco la sed pero, más que nada haciéndole el quite a la soledad que le acompañaba. Era una práctica habitual en él y que normalmente finalizaba con una embriaguez que le hacía olvidar un poco su pobre condición. Sin embargo, desde hacía largos años, desde que los vecinos le relatasen la historia de la extraña mujer, no lograba apartarla de su mente. Así, sólo conseguía conciliar el sueño llevando a su conciencia la misteriosa figura de la mujer de blanco, una mujer que se había convertido en una verdadera obsesión para él.

Siempre pensando en ella se dirigió a su casa dando tumbos contra muros y paredes viejas en el estrecho camino, cerro arriba. De improviso, al final del último callejón vio venir a una mujer radiante, con un traje blanco que brillaba con gran intensidad a la luz de la luna, pareciendo flotar y dirigiéndose dulcemente a su encuentro.

- ¡Dios mío, es ella!... la mujer de blanco... —sólo atinó a decir Manuel.

Apresuró el paso, abriendo los brazos para atrapar ese sueño que tanto tiempo había anidado en su alma y en su mente. Ahora estaba allí, frente a él, la mujer misteriosa por años esperada.

No hizo otra cosa que abrir los brazos y esperar por un segundo así, crucificado en sus propios deseos de poseer algo que se le antojaba tibio y hermoso. Sin embargo, al hacerlo sólo abrazó el aire que estaba a su alcance, aire que por un instante le hizo sentir dulce la garganta, dulce el alma...

La figura se fue esfumando a medida que se acercaba, hasta sentir que penetraba en él. Tan fuerte fue la sensación que a Manuel le dolió el aire que empezó a faltar en sus pulmones, ese aire que ahora le ahogó hasta paralizar su corazón, haciéndole caer bruscamente sobre la tierra fría que le abrazó como una novia.



EL CERRO TRES PUNTAS.

Se comenta aún, en la provincia de Choapa, sobre la posible veracidad de una historia que sucedió en torno al cerro Tres Puntas, allí donde hoy se levantan la mayoría de las antenas de televisión y radioemisoras que cubren las frecuencias para la ciudad de Illapel.

Según aseguran los relatos de los antiguos, existiría allí una fabulosa fortuna encerrada en una rica mina de oro. Esta creencia tuvo su origen en un par de misteriosos mineros que, sin saberse de donde procedían, se aprovisionaban periódicamente en el incipiente comercio que aquí existía, a principios del siglo veinte. Naturalmente, llamaba la atención que estos personajes, cuando realizaban sus compras cancelaran sólo con oro, y que la cantidad de provisiones compradas alcanzasen para cargar cuatro asnos bien cargados.

Esta situación llamó de tal modo la atención que, no faltó el grupo de malintencionados que se confabularon para seguirlos y averiguar de dónde era que conseguían tal cantidad de oro, como se les podía apreciar cuando efectuaban las compras.

Así fue como, en la próxima bajada para adquirir víveres, los mineros fueron seguidos desde el mismo momento que entraron al almacén, hasta que se dirigieron a su destino. Sin percatarse del peligro, ambos caminaron confiados en tanto eran vigilados a cierta distancia por los ambiciosos hombres que habían decidido salir del misterio. La tarde estaba cayendo y, los facinerosos decidieron atacar antes de que la oscuridad envolviese las figuras de los mineros. Justo al perderse en una revuelta iniciaron el ataque pero, grande fue su sorpresa cuando al llegar al recodo del camino, los dos mineros habían desaparecido. Frente a ellos había un gran risco, el que en un costado dejaba ver una grieta por la que cabían cómodamente hombres y animales y por donde, con toda seguridad habían entrado los mineros.

Como la noche había caído, decidieron volverse al pueblo y esperar una próxima oportunidad para efectuar su plan. Dicha oportunidad llegó pronto pero, esta vez decidieron adelantarse y esperar en el terreno mismo a los mineros. Grande fue su sorpresa al darse cuenta que a la entrada del risco había numerosos huesos de animales muertos, lo que les hizo estremecerse con pavor. No obstante continuaron pero, cuando se encontraban inspeccionando los restos, surgió de pronto la enorme figura de un reptil que les hizo salir despavoridos y gritando:

- ¡El culebrón!... ¡El culebrón!...

Aunque parezca increíble, la ambición les hizo volver a los pocos días y dispuestos a enfrentar a quien fuese con tal de apoderarse de las supuestas riquezas que encontrarían a su paso. Sin embargo, esta vez no hubo mineros, ni hubo culebrón, ni risco, ni nada que se le asemejase. Buscaron y buscaron y a los pocos días debieron abandonar la búsqueda porque, por más que lo intentaban, no dieron jamás con el sitio donde se suponía se encontraba el filón, el yacimiento o la mina que ellos esperaban.



EL VUELO EXTRAÑO.

Existe en la ciudad de Illapel un antiguo barrio, un barrio de gran tradición y del cual sus habitantes se sienten muy orgullosos. Por cierto, cada vez que pueden así lo demuestran.

Nos referimos al Barrio Mundo Nuevo, ubicado en la parte alta norte de esta ciudad. Barrio de tradición que ha entregado numerosos personajes y destacados vecinos en la historia de Illapel.

Así como los adultos, también los niños del barrio demostraron grandes diferencias con los niños de otros sectores: mientras los demás solían "pichanguear" en las calles, llenando de bullicio las empolvadas aceras, los otros, los del Mundo Nuevo jugaban además a los dados o al "cacho", como los muchachones de más edad.

Al pie de alquitranados postes, en rondas de diez o más y teniendo sólo por mudo testigo el alumbrado público —una pequeña ampolleta de bajo wattage— al cual se arrimaban para poder ver en las oscuras noches como corrían los blancos cubos, salpicados de esquivos y coloreados puntos. Todo ello, a la luz de aquella pobre ampolleta que apenas alumbra el redondel de cabezas inclinadas, pendientes tan sólo de las apuestas que vienen y van.

Dos de ellos —Juan y Pedro— se preparan discutiendo la estrategia a utilizar para la ronda de esta oportunidad. Y así se reúnen cada noche, como que no quiere la cosa pero íntimamente asegurando que ahora sí, ahora sí que la suerte estaría con ellos. En eso estaban todos, dándoles la espalda a la noche que arriba se llenaba de estrellas, lechuzas y misterios. De pronto, se vino por el aire algo extraño, algo como un cuerpo oscuro, gigante y de grandes alas.

Mientras abajo, ya se había armado la ronda habitual de jugadores y nadie se percató de la extraña presencia que ellos no vieron salir del abismo de la noche, volando lentamente, posándose lentamente en el delgado poste cómplice de lo que allí ocurría... de lo que transcurría arriba... de lo que sucedía abajo...

- ¡Pónganle nomás niños, doblo al nueve!... ¿Quién me lleva?... ¡Se va, se va!... un nueve quiero... daditos denme un nueve... nada más les pido... un nueve... ¡Aquí vamos!— exclamaba Juan.

No tenía Juan, aquel que jugaba, más de diez años pero ya parecía un viejo. La experiencia acumulada en pocos años de dados y juntas de amigos que le aventajaban en edad, le habían entregado una evidente superioridad con respecto del resto del grupo y que se podía percibir a simple vista. Dirigía todo, se fijaba en cada detalle y por cierto, no era el más honrado y la procedencia del dinero destinado al juego, era de cualquiera de los bolsillos de una familia tan ingenua, que lo creía un santo.

Estaba en eso... intentando la undécima pillería cuando... una sombra negra y gigante se posó sobre él y dos frías garras cogieronle de los hombros, atravesando su espalda con ropa y piel, asegurando bien y, antes de que sus atónitos compañeros pudiesen reaccionar, fue levantado lentamente en el aire. El desbando fue grande... sus compañeros de juego huyeron velozmente en cualquier dirección, dispersándose hacia sus casas, gritando y contando con entrecortadas palabras lo que acababa de ocurrir con Juan.

Las mujeres del barrio, gritaban y lloraban y entre ellas, la madre de Juan saliendo a tropezones de su casa y gritando:

-¡Suéltalo, desgraciado! ¡Ayuda!... ¡Juan, Juan, no te sueltes!... ¡Este no puede ser otro que el Maldito!...

Una vuelta de terror y espanto dio Juan. Suspendido por las garras que lo aprisionaban atinaba sólo a gritar pidiendo ayuda... hasta que, sin previo aviso fue lanzado sin piedad por el espacio cayendo precisamente sobre unas matas de frondosos cardenales que su madre cuidaba con esmero. Corrieron mujeres y niños hasta donde yacía desmayado Juan.

Una hora más tarde, recuperada ya la calma, este bribonzuelo prometía a quien quisiese escucharle sobre su firme propósito de no volver a jugar a los dados y, mentalmente, no volver a robar en su vida.

El vuelo extraño y espeluznante se perdió en el horizonte protegido por la oscuridad de la noche, madre de todos los caprichos de la naturaleza y de los misterios insondables. Misterio que quedó para siempre en este barrio, el barrio Mundo Nuevo que supo de un vuelo... un extraño vuelo nocturno.



LA PIEDRA DEL AUTO.

Según dicen, el arte de la hechicería se hereda a través de líneas consanguíneas, es decir entre familiares directos que nacían, se aseguraba, con un cierto don. Desde luego, esto era muchas veces ignorado largo tiempo por quienes eran poseedores de esta facultad.

Era doña Mercedes, una agraciada mujer de largos y negros cabellos como el carbón, que guardaba en su mirada un profundo secreto que el paso del tiempo le iba a revelar. De joven sostuvo esta mujer un apasionado romance con Esteban, romance que al cabo de algunos años culminó con su matrimonio. Se fueron a vivir a una propiedad que poseían a pocos kilómetros de Illapel, en el campo y todo marchaba idílicamente hasta que comenzaron a surgir en doña Mercedes algunos extraños cambios.

Dichos cambios vinieron lentamente a originar pequeños roces, pequeñas discusiones que alteraba la dicha original y, sin que ambos pudiesen saber de qué se trataba, comenzaron a sobrellevar con dificultades su relación conyugal. Hasta que Mercedes recibió un urgente llamado de su madre que se encontraba en peligro de perder su vida.

En compañía de Esteban emprendieron rápida marcha a bordo de un viejo camión que se perdió entre el polvo que levantaban sus ruedas. Al cabo de un corto tiempo llegaron hasta la casa de doña Filomena, madre de Mercedes, quien al verla abrió grandemente los ojos, se incorporó en su cama como si jamás hubiese estado enferma y, frunciendo el ceño le señaló:

- Tu madre es especial pues tiene un gran don. Sin embargo, mi hora ha llegado y este don será tuyo... pronto te darás cuenta que nadie barrerá el suelo contigo. Y cuando tú lo quieras podrás hacer tanto el bien como el mal.

- ¡Pero mamá... entonces lo que decían las vecinas!...- atinó a responder Mercedes.

- ¡Sí... sí... es cierto! ¡Soy bruja y no me arrepiento de nada!... Y tú, como mi hija más amada serás la que recibirá esta facultad- replicó de inmediato Filomena.

Mercedes, profundamente conmovida por las palabras de su madre sólo atinó a asentir ante las indicaciones que de ella recibía y cuando hubo de repetir, palabra por palabra, las indicaciones de su madre, a pesar del miedo que por momentos sentía, advirtió como todo en su interior se transformaba. En el momento siguiente, doña Filomena se desplomó en un profundo sopor del cual no volvió a salir y falleció.

Posteriormente al entierro de doña Filomena, el rechazo que Mercedes sentía hacia Esteban se fue haciendo cada vez más insoportable, al punto que esta relación se rompió por completo.

Esteban, como ya había pasado en muchas ocasiones, sólo atinaba, consumido por la rabia y la impotencia, a subir a su automóvil y marchar a descargar su ira en el bar del pueblo. Mercedes, convencida de que su marido salía de casa para encontrarse con otra mujer, iba acumulando en su interior una inmensa ira que la consumía.

Luego de la última discusión, y cuando Esteban -como ya era habitual- subió a su automóvil y se marchó, la endemoniada mujer trepó a un risco que dominaba gran parte del camino y alzando los brazos y con sus ojos enrojecidos como las llamas del mismísimo infierno, gritó el terrible conjuro:

- ¡Porque conmigo jamás podrás, que te castigue tu propia boca! ¡Por ir en mi contra, con todo lo que llevas, te convertirás en roca!...

Las demoníacas palabras de la mujer atraparon para siempre a Esteban y su automóvil en un sueño eterno que, hasta el día de hoy, podemos apreciar en la quebrada de Los Lavaderos donde se puede distinguir, en medio de los túneles que han dejado el paso de cientos de pirquineros en busca de oro, una piedra con la extraordinaria similitud de un automóvil, la Piedra del Auto. Muchos aseguran que de día, al pegar el oído a la piedra, se pueden escuchar aún los lamentos del pobre Esteban, otros –al pasar a altas horas de la noche por el lugar- advierten una figura ensangrentada a la orilla del camino. De Mercedes no da cuenta la historia, pero habría huido sin saberse jamás de su paradero.



LA VIUDA DE ANCAS.

Esta historia comienza como otra cualquiera de las que cobran vida en el valle de Choapa, generoso en acontecimientos increíbles y espeluznantes que logran helar la sangre, incluso de aquellos que se jactan de no creer y no temer absolutamente a nada ni a nadie. Es esta, precisamente, una de las historias que, tras ser relatadas y escuchadas de generación en generación —como una manera de acortar las largas y frías noches de invierno acompañados de una buena fogata— ha traspasado los límites del tiempo y llegado a nosotros tal como dicen que ocurrió.

Como ya era costumbre, el rancho de Urbano Rojas —vecino del fundo El Bato— se convertía en lugar de reunión para un puñado de campesinos del sector luego que volvían de cumplir una faena incierta, relacionada como todas, con las bondades que producían las lluvias del invierno: la calidad de las pasturas. Nos referimos al pesaje de los animales que se llevaba a cabo en un lugar conocido como “La Romana”, distante algunos kilómetros del rancho de Urbano. Es aquí entonces, con un amargoso mate de hierbas aromáticas que calentaba las manos, la garganta y hasta el espíritu, como lo aseguraba graciosamente Eleodoro León, uno de los que no se perdería jamás estos encuentros.

Faltando un poco para las diez de la noche, una noche más oscura que boca de lobo en este crudo invierno, se encontraban doña Paula —mujer del dueño de casa— efectuando las labores propias de servir a sus eventuales invitados velando, en primer lugar, para que la tetera estuviese bien caliente sobre el brasero amigo. También se encontraban, como ya hemos dicho don Urbano, Eleodoro y otro vecino del sector llamado Cipriano, todos en amena charla.

De esta forma se fue animando esta reunión, con la preparación del vino caliente y las tortillas de rescoldo que preparaba tan bien doña Paula.

Hacia ya rato que el viento arreciaba y la lluvia había comenzado a caer sobre los vigilantes álamos y los aromáticos arrayanes que, en la penumbra de la noche parecían sólo un montón de sombras tenebrosas que espantaban hasta a los perros (dicho sea de paso, éstos hacía rato que no cesaban de ladrar). Mientras el vino caliente había comenzado hace un rato a acariciar las gargantas del grupo de amigos, una pregunta comenzó a circular entre ellos, insistentemente:— ¿Y el Ismael... por qué aún no llegaba?...

Cuando la preocupación por este vecino se hizo más generalizada, justo en ese momento... la lechuza cantó tres veces, sumándose a ello con mayor intensidad el aullar de los perros. Todos se miraron, incluso el escéptico don Cipriano, ya que de todos era conocido que esto vaticinaba algo malo y trágico. El silencio invadió en aquellos momentos todo el rancho de don Urbano.

El reloj marcaba casi la medianoche y hacía ya rato que Ismael, medio adormecido por los tragos tomados en Huintil, montado en su alazán casi sin sentir la fuerte lluvia que se deslizaba por su grueso poncho de castilla, se dirigía al rancho de don Urbano. Con palabras entrecortadas por el frío se decía:

- ¡Puchas la cuestión que me anduve demorando hartazo en la hacienda! En el rancho hace rato que deben estar esperándome. Menos mal que ya me falta poco para llegar y así capiar un poco esta lluvia y mardarme uno que otro tragullo pa' calentar los huesos...

Ismael, con el firme propósito de llegar pronto a la reunión con sus amigos, hacía galopar su alazán clavando reiteradamente las espuelas en el animal. Fue así que, al llegar al primero de los cuatro algarrobos que daban inicio a una arboleda a la vera del camino alzados como perennes vigilantes de la ruta, sintió como su cabalgadura se paraba en seco, tan violentamente que por poco lo saca volando sobre la tusa.

Fue en ese momento, cuando Ismael hacía grandes esfuerzos por controlar el animal que vio, bajo ese primer algarrobo, la figura de una bella mujer enteramente vestida de negro y que, pese a la intensa lluvia, no parecía estar mojada. La mirada, fija e intensa de la mujer, más los tragos y sumado a todo aquello su reputación de galán... o "diablazo", como le decían sus amigos, le instaron a hablarle:

- ¡Pero, mijita!... ¿qué está haciendo tan solita y a estas horas por aquí?...

La mujer, en pocas palabras le explicó que era familiar de don Urbano Rojas y que venía de muy lejos, por lo cual no había calculado bien la hora de llegar a su casa. Naturalmente, Ismael ni corto ni perezoso se ofreció a llevarla pues hasta allí llegaba él precisamente. Sin emitir palabra alguna, la mujer accedió al gentil ofrecimiento subiendo rápidamente a las ancas del animal. Habían avanzado ya algunos metros cuando Ismael sintió que las manos de su eventual compañera, que lo abrazaba a la altura de las costillas, comenzaban a apretarle más de la cuenta. Como la presión era ya demasiado intensa, Ismael optó tomar la mano de la mujer para aminorar la molesta presión y es allí cuando se dio cuenta de que esa mano tan pequeña y suave que había tomado para ayudarlo a subir... ya no era la misma... Sintió que se había transformado en una helada y huesuda mano con enormes uñas.

Espantado, Ismael picaneó su caballo iniciando una loca carrera como alma que lleva el diablo y, rememorando con terror todas las historias que alguna vez escuchó a su abuelo y a su padre, recordó la leyenda de la "viuda de ancas". Como un celaje pasaron el segundo, tercer y cuarto algarrobo. Ismael, presa del pánico, la histeria y el terror sintió que las manos que venían apretándole con fuerza comenzaron a aflojar la presión y la figura de la mujer se desvanecía en el aire, al tiempo que una espeluznante y cavernosa voz repetía su nombre.

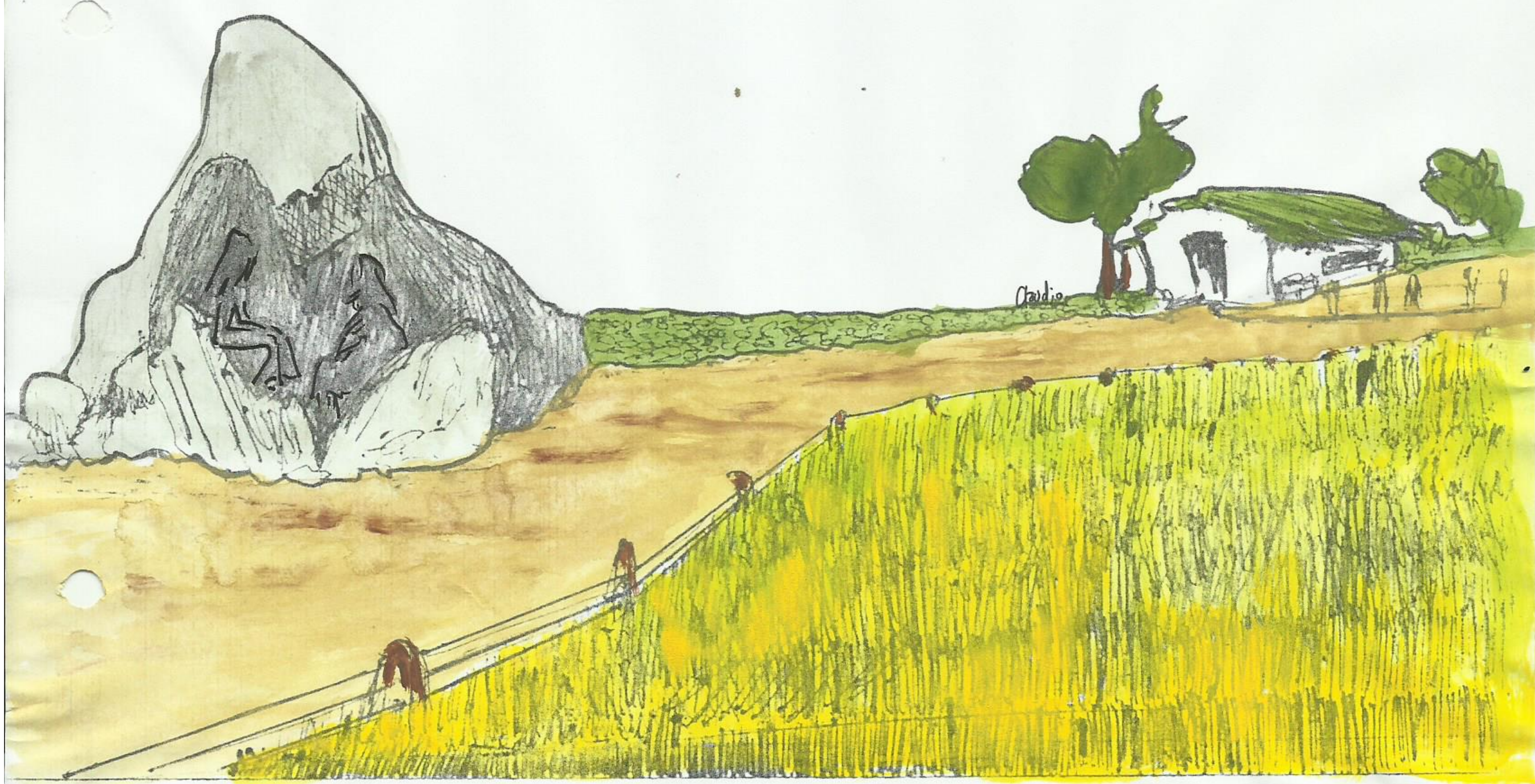
Los gritos de Ismael, verdaderos aullidos, fueron escuchados por todos en el rancho de don Urbano que distaba casi un kilómetro del lugar. Raudos se dirigieron todos hacia donde se escucharon los gritos y al poco rato encontraron a Ismael que yacía en el suelo, abandonado por su caballo, los ojos desorbitados y con la boca espumosa gritando:

- ¡Ella... la viuda... ella fue... la viuda... se montó y... la viuda!

De más está decir que desde entonces, el pobre Ismael nunca más volvió a ser el mismo. Sus ojos se quedaron para siempre fijos... como buscando una respuesta al por qué de lo sucedido. De su boca sólo se escuchaba: - ¡Ella... la viuda... ella fue... la viuda!

Testigos del hecho aseguraban que las huellas de los rasguños en las costillas de Ismael permanecieron mientras vivió.

Desde entonces, ningún hombre se atreve a pasar de noche por aquel lugar y menos aún, en noches frías y lluviosas de invierno... por temor a encontrarse con la endemoniada figura de la viuda de ancas.



LA PIEDRA ENCANTADA.

Cuenta Don Nelson Araya, oriundo de Peralillo a escasos kilómetros de la ciudad de Illapel que, en tiempos lejanos vivió en esa comunidad una viuda que llevaba por nombre doña Rosa. Vivía ésta junto a sus dos bellas hijas, de diecisiete y dieciocho años respectivamente y que, según cuenta don Nelson, eran sumamente desconsideradas con su madre. Doña Rosa, viuda desde muy joven, había realizado grandes sacrificios para salir adelante con ellas y aún ahora, asumía todos los quehaceres de la casa sin recibir la menor ayuda de sus hijas. Este comportamiento era la fuente de continuas desavenencias que las llevaban a discutir a toda hora y por cualquier cosa.

En esos días, el poblado recibía a quienes iniciaban los trabajos previos para la construcción de un pequeño tranque que vendría a solucionar parte de los problemas de sus habitantes. Y entre ellos, un atractivo profesional que hizo suspirar largamente a las niñas casamenteras del lugar, entre las que se encontraban naturalmente las hijas de la viuda.

Por cierto, esto dio lugar para continuar las tradicionales discusiones entre las mujeres. Doña Rosa veía con preocupación la falta absoluta de responsabilidad y dedicación a las labores del campo de sus hijas... y éstas a su vez, permanecían ciegamente enamoradas del afuerino.

Quiso el destino que un fin de semana se programara una pequeña celebración, pretexto para organizar un baile al que podrían acudir ambas hermanas, cada cual pensando en la posibilidad de conquistar al codiciado profesional.

En eso estaban, probando sus mejores vestidos y coloridos maquillajes cuando apareció doña Rosa, dispuesta a terminar de una vez por todas con las discusiones evitando en primer lugar que asistiesen al dichoso baile. Desde luego esta oposición no causó el menor efecto en las mujeres y sin escuchar advertencias ni amenazas se dispusieron a marcharse.

La viuda, hastiada de la actitud de sus hijas y sin pensar en consecuencias las maldijo deseando que se quedasen a vivir para siempre atrapada entre las piedras. Su maldición se cumplió al instante quedando ambas mujeres en el interior de una gran piedra que existe hasta hoy en la orilla del camino. Es esta piedra, una cárcel infranqueable de cinco metros de altura, con una forma circular en la cima.

En un costado, una hendidura de unos veinte centímetros por donde dicen, salen las doncellas a partir de los primeros días de Mayo, en noches de luna. Ellas danzan alrededor de la piedra y otras aledañas, una de blanco... la otra con un vestido celeste. Con sus cabellos largos y sedosos brillando el oro de su color bajan al canal, cristalino y sonoro a peinarlos con peines dorados y resplandecientes.

Quienes las han visto, quedan enajenados por la extraordinaria belleza de las doncellas y continúan durante largo tiempo visitando el lugar con la esperanza de volverlas a ver. Cuenta la leyenda también que, si usted visita el lugar comprobará cuan fácil es subir a la cúspide de la piedra, sin embargo, de inmediato sentirá una extraña sensación de angustia que le impulsará a intentar el descenso lo más pronto posible, percibiendo ahora una extraordinaria fuerza que dificulta la bajada.

Agregó aún don Nelson: - Si ustedes quieren ver a las doncellas de la piedra encantada, vayan una noche de luna, en Mayo pero... no intenten subir a la piedra... no se los recomiendo.



LEYENDA DEL CERRO LA GALLINA.

Cercano, sólo a unos cuantos kilómetros de la ciudad de Illapel, camino a la de Salamanca, se encuentra un enclave de lomas y cerros conocido como: cuesta de Los Cristales. Es allí donde se ubica un cerro especial, de cono achatado. Los habitantes más antiguos lo identifican como el cerro La Gallina. Hace muchos años fue testigo de una inusual creencia originada por los mineros que, recorriendo faldeo tras faldeo buscan la fortuna que habrá de cambiar en forma definitiva sus vidas y las de los suyos. Entre ellos, un amable viejo al que todos querían y llamaban afectuosamente como "ño" Lalito, el que durante su recorrido por la vida había escarbado prácticamente en todos los cerros de la región, como el mismo aseguraba. Tenía este anciano la costumbre de alejarse por un tiempo de los demás mineros, a fin de probar suerte por su propio lado, por esto no llamaba la atención de nadie las largas y periódicas ausencias de "ño" Lalito.

Un día, apareció en el campamento base de los pirquineros arrastrándose como un reptil entre las filosas rocas, con su cara, sus rodillas y brazos cubiertos de sangre. Al contemplarlo corrieron rápidamente en su auxilio y se enteraron, por sus propios labios de la curiosa historia:

- Encontré la veta, el filo, la encontré... – exclamaba, mientras mostraba en sus manos unas cuantas pepitas de oro de una pureza jamás vista, las que brillaban con extraño fulgor.

Ante la expectación general que causaron sus palabras, y por qué no decirlo también, una cierta codicia que lograba superar las buenas costumbres y enseñanzas... al fin y al cabo esta parecía ser la oportunidad de riqueza que todos esperaban...

- ¡Fue una gallina la que me enseñó el lugar de un gran mineral!... ahí, ahí... en la quebrada de Los Chaguares... estaba haciendo un pique cuando apareció una gallina con siete pollos tan negros como ella... Yo ya había escuchado la historia y sabía que donde se echara la gallina había una gran fortuna... entonces yo la seguí... y sin saber cómo caí rodando por la pendiente... quedé inconsciente y cuando desperté recogí esto que traigo.

Al decir esto, "ño" Lalito abrió la mano donde aún brillaban las pepitas que cayeron en la tierra mineral que le cobijara tantas veces en sus sueños de fortuna. Tierra que ahora se aprestaba para recibirlo en su sueño eterno.

El relato de "ño" Lalito había sido escuchado con mucha atención por los mineros que le atendían pero, dos de ellos decidieron correr el riesgo de afrontar los peligros que acarreaba la búsqueda de la misteriosa gallina y, no más de dos semanas después iniciaron el camino de la quebrada para dar con ella. Faldeo tras faldeo, la sed y el cansancio los fue consumiendo y, cuando ya se disponían a abandonar la búsqueda vieron una gallina negra que, echada sobre una mancha de musgo verdoso del cerro, vigilaba sus pollos. Rápidamente se abalanzaron sobre ella y sucedió que, al igual que "ño" Lalito, sólo al pisar el sector con verde musgo se percataron de que era una trampa natural y cayeron a una oculta quebrada que los hombres creyeron no tenía fin. Rodando y rodando vieron y sintieron en sus cuerpos cómo se incrustaban las espinas, y las piedras filudas hacían su trabajo, hundiéndolos cada vez más en la negrura de la oscuridad y la conciencia.

Sucedió entonces y para asombro de los que observaban en ese momento y después, que el cerro se hundió en la parte superior de la cumbre adoptando la curiosa configuración de un gran nido, encerrando para siempre en sus entrañas los cuerpos y las almas de los infortunados pirquineros, que quisieron arrebatarse el secreto a la gallina negra.



LA CUCA.

Para la mayoría de los habitantes de la provincia de Choapa y, particularmente de la comuna de Illapel, la localidad de Farellón Sánchez es bastante conocida, aún cuando en la actualidad sólo se encuentran allí algunas familias que son descendientes de quienes habitaron otrora ese gran centro minero. Farellón Sánchez tuvo en sus mejores momentos una gran actividad, parte de ella reflejada en las pulperías abarrotadas de mercaderías, pensiones, un matadero, diversas entretenciones e incluso, competencias deportivas y recreativas. Orgullo de sus habitantes fue una pequeña sala de espectáculos en la que se llevaron a cabo representaciones escénicas con artistas locales y también, en algunas oportunidades con representantes nacionales y extranjeros. No podía faltar, tal como sucede en muchas regiones del país, la presencia de un ser sobrenatural que acompaña el duro trabajo de los mineros. Un anciano lugareño llamado Humberto O'Ryan Escalote recuerda esta fantasmal aparición, la que se conoce con el nombre de La Cuca. Nos cuenta don Humberto:

- Son muchas las personas que la vieron y hasta hoy, cada cierto tiempo aparece por aquí La Cuca. Yo mismo, trabajando un día en el pique con mi compadre Francisco, en uno de esos largos silencios que se producen en el medio del trabajo, nos percartamos de pronto de la presencia de algo extraño, una sensación de estar siendo observados por alguien. Recuerdo que mi compadre Francisco y yo, en un recodo de la mina y semioculta tras una piedra había efectivamente, una mujer.

Lo que en un comienzo parecía una sombra, poco a poco comenzó a iluminarse y su cabello a brillar como el sol, el vestido irradiando una luz blanquecina, cada vez más intensa, a tal punto que ambos debieron cubrirse los ojos para que esta visión no los dañase.

Mientras se ocultaban, la figura de una mujer que hasta entonces había permanecido completamente inmóvil cobro de improviso movimiento, se extendió en el ámbito de la galería y desapareció vertiginosamente hasta confundirse con la oscuridad y el viento. Ambos mineros estaban consternados, jamás habían visto semejante imagen y cuando, posteriormente narraron lo sucedido, definieron esta aparición como una mujer de larga figura, larga imagen, largos cabellos.

Obviamente, en el mismo momento el presagio de alguna fatalidad cruzó por las mentes confundidas de los mineros: algo muy grave ocurriría pronto.

Pasaron dos o tres días y el movimiento de la mina continuaba tal cual. Ya comenzaba a olvidarse el incidente cuando, al sexto día un desprendimiento de tierra al interior de la mina principal confirmó el presagio: un accidente dejó sin vida a dos trabajadores del mineral.

Doña Esmeralda, una de las más antiguas habitantes del sector reflejó con su comentario cabalmente el significado de las apariciones de La Cuca. Dijo doña Esmeralda:

- La Cuca es un personaje fatídico, su paso acarrea como el viento, la desolación, la tristeza y el dolor, algunas veces se le oye llorar como una guagua, con llanto desgarrador que parte el alma al más duro mortal. Se cuenta también que se le ha escuchado relinchar como una mula, avanzando velozmente, surcando el aire como un rayo, haciéndose visible en toda la extensión del poblado.

La Cuca es un misterio, pero lo concreto es que el Mineral de Farellón Sánchez se agotó. Y así fue como desaparecieron las pulperías, las pensiones, el matadero... la sala de espectáculos. Las minas quedaron abandonadas y quienes aún viven allí o han estado de paso en el lugar, sienten todavía la presencia de La Cuca.

EPILOGO

Fue éste, un apretado y resumido acercamiento a una realidad que perduró durante muchísimos años y que, posteriormente fuese reemplazada debido al advenimiento de la radio, el cine y la televisión. Una realidad en un mundo carente de energía eléctrica y, por consecuencia, sin medios de comunicación masivos, lo que obligaba al recogimiento a tempranas horas de la noche.

Junto a un brasero de crepitantes brasas, o una fogata de leños que agigantaba la oscuridad, proyectando con sus llamas cambiantes formas, se reunía la familia y establecía esta rica comunicación que el paso del tiempo se ha encargado de ultimar.

Aunque, quizás no... no todo se haya perdido. Si lo hubiésemos creído realmente -al iniciar cada noche nuestro programa radial- no habríamos leído lo que nosotros mismos escribimos en la introducción al espacio: "Los mitos y las leyendas, pertenecen a una época en que la inteligencia del hombre primitivo no se encontraba aún apta para encontrar una explicación a los fenómenos que se desarrollaban en torno a él. Hoy día, tenemos los conocimientos científicos y nuestra mente preparada para encontrar las respuestas que esas interrogantes nos plantearon. Sin embargo, fenómenos sin explicación... continúan produciéndose".

Indudablemente, han quedado sin incluir decenas de leyendas que enriquecen permanentemente nuestro folklore pero, percibimos haber iniciado al menos, un camino que otros escritores de esta tierra continuarán más adelante.

BIBLIOGRAFIA

-RECOPIACION FOLKLORICA

María Teresa Gachón Torrejón

-GEOGRAFIA DEL MITO Y LA LEYENDA CHILENOS

Oreste Plath

-PICHIDANGUI, HISTORIA INTIMA 1800-1970

Paul Barroilhet Cannon

-LEYENDAS

Hugo Pozo Aguirre

-CUENTOS DE MI PROVINCIA

María Pozo Aguirre

-HISTORIAS Y CUENTOS CAMPESINOS CHILENOS

Floridor Pérez

-POEMARIO RITMO Y AMOR

Adriana Cortés Salcedo

-MITOS Y LEYENDAS DE CHILE

Floridor Pérez

-TRABAJO DE TITULACION

Alumnas U. De La Serena.

-Colaboración de personas que, en forma anónima aportaron sus conocimientos sobre algunas leyendas y tradiciones locales.